ARNICHES Y ABATI

LA CARCEL MODELO

LA FARSA

50 cénts

Cubierta de este número:

IRENE ALBA

en

LA CARCEL MODELO

CARLOS ARNICHES y JOAQUIN ABATI

LA CARCEL MODELO

O

LA VENGANZA DE UN MALVADO

HUMORADA EN TRES ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el teatro Alkázar, de Madrid, la noche del 29 de enero de 1929

DIBUJOS DE ALONSO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

LA FARSA

AÑO IV | 13 DE SEPTIEMBRE DE 1930 | NUM. 157

MADRID

R - 13 593

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Doña Visita...	Sra. Alba.
Tula...	" Sanz.
Celia...	Srta. Pujó (M.).
Mimí...	" Granda.
Dora...	" Pujó (B.).
Fefé...	" Gascón.
Mary...	" Caba (P.).
Nené (niña)...	Niña Rodríguez.
Una madre...	Sra. Manso.
Una hija...	Srta. Caba (J.).
Una esposa...	Sra. Lozano.
La duquesa... ... ... } *Una doncella*... ... ... }	" Valls.
Pepe Marculeta...	Sr. Bonafé.
Porras...	" Perales.
Maturana...	" Torrecilla.
Gorostiza...	" Guillot.
La Rioja...	" Gutiérrez.
El Manotas...	" Ponzano.
El Responso...	" Ros.
Señor Sarmiento...	" Hidalgo.
Martínez...	" Caba.
El Metre...	" Burañes.
Benigno...	" Sola.
El marqués de Navachescas...	" Ros.
Un padre...	" Hidalgo.
Un marido...	" Caba.
Un transeunte...	" Peña.
Un botones...	" Ramos.
Titín (niño)...	Niño Sanz.

La acción en un pueblo imaginario de la costa del Norte.

Epoca actual. Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Plaza de un pueblo que tiene playa y al que ha elegantizado . i gran concurrencia veraniega. A dicha plaza da la fachada principal de un hotel de viajeros, que tiene una portada de cristales muy elegante. En la plaza, árboles y bancos de piedra. Al foro, una calle, a cuyo final se ven las casetas de baño de la playa; a la derecha, casa con un letrero que diga: "TELEFONOS". Es un día radiante de verano.

ESCENA PRIMERA

Un PADRE, una MADRE y una HIJA. A la puerta del hotel con sus respectivos bagajes.

(*Al levantarse el telón se ve gente rodeada de maletas y sombrereras, sentada en los bancos de la plaza, y viajeros que atraviesan la escena con diversos equipajes.*)

HIJA.—¡Dios mío, qué desesperación no encontrar alojamiento en ninguna parte!

MADRE.—Es verdaderamente horrible. ¡Esto es de pesadilla!

HIJA.—(*Al padre.*) ¿Y qué te han dicho en este hotel, papá?

PADRE.—¡Qué me van a decir!... Que no tienen desocupado ni un centímetro cúbico.

MADRE.—¡Cuadrado!...

PADRE.—¿Qué?...

MADRE.—Que se dice cuadrado.

PADRE.—Se dirá como quieras, pero lo cierto es que me han dicho que no nos pueden alojar, porque tienen gente hasta en los...

MADRE.—Cuadrado.

PADRE.—¿Qué?

MADRE.—Que tengas cuidado como dices las cosas.

PADRE.—Pues iba a decir que tienen gente hasta en los gabinetes... de cadenita. Creo que esta metáfora no me la reprocha a mí ni un académico.

MADRE.—Creí que ibas a soltar una ordinariez.

PADRE.—Pues no sólo no la he soltado, sino que la he dicho con cadenita; ¡ya ves!

HIJA.—¡Dios mío! ¡Y todo el pueblo está igual!

PADRE.—Todo.

MADRE.—Figúrate, un pueblecillo preparado escasamente para mil veraneantes, invadirlo de pronto quince mil personas.

PADRE.—Para mí que han metido la pata con hacer de este pueblo la meta del circuito automovilista más importante de Europa. ¡Ahí es nada: un premio de quinientas mil pesetas! ¡Treinta y seis marcas, corridas por los mejores corredores del mundo. Blincarsis, Frenoy, Angolva, Marval, Quiney, Chiquitapegui, Andova, Mafurcis...

MADRE.—¡Los ases!

HIJA.—¡Así hay de expectación!

MADRE.—¿Y en ningún hotel habrá ni un cuarto?

PADRE.—Pero que ni un cuarto; porque lo grave del problema es que ni los fondistas tienen un cuarto, ni los huéspedes tampoco, porque les cobran a veinticinco duros diarios desde hace ocho días.

HIJA.—¡Qué horror!

PADRE.—Tú fíjate en la gente que hay en esos bancos...; pues a pesar de haber estado la noche tan lluviosa dicen que han dormido al raso.

MADRE.—¡Y muchos que no han podido ni dormir!

PADRE.—Como que me han contado que hay aquí un cubano que ha cogido dos hamacas y un despertador y se está haciendo de oro. Las alquila a dos pesetas hora de sueño.

HIJA.—No está mal.

PADRE.—¡Por seis reales, una siesta!

ESCENA II

DICHOS, un MARIDO, una MUJER muy fea y un NIÑO muy feo también. Todos con equipaje.

HIJA.—¡Qué! ¿Ustedes tampoco han encontrado nada?

MARIDO.—En absoluto. Es una lucha desesperada con el alojamiento.

MUJER.—¡Hemos ido hasta casa de un pescador!

MARIDO.—Y allí me han dicho que lo único que podían hacer es ponernos por las noches, en unas estacas, una red de las que tienen para el bonito. Pero no me he atrevido; yendo con mi señora y con mi niño, he creído que nada de bonito rezaba con nosotros.

PADRE.—Claro que no...

MUJER.—¿Y qué haríamos?

PADRE.—¡Hombre, tengo una idea!

MARIDO.—¿Cuál?

PADRE.—Vámonos a la playa.

MARIDO.—¿Y qué?

PADRE.—¿Ustedes no son los señores de Trevijano?

MARIDO.—Sí, señor.

PADRE.—Pues podemos dormir en los botes.

MUJER.—¡Es una idea!... Si encontráramos un balandro desocupado...

TRANSEUNTE.—(*Que se acerca.*) Señores, perdón por la curiosidad... ¿Ustedes buscan un hotel?

TODOS.—(*Con ansiedad.*) Sí, señor.

TRANSEUNTE.—Pues yo tengo un hotel magnífico.

MARIDO.—¡Hombre! ¡Caramba!

PADRE.—¡Usted nos salva!

TRANSEUNTE.—Un hotel magnífico, con cuarto de baño en todas las habitaciones, coche a todos los trenes, gran confort, servicio espléndido...

PADRE.—¿Y tiene usted habitaciones vacías?

TRANSEUNTE.—Muchísimas... Y a precios moderados.

MARIDO.—¡Caray!... ¡Pues nos ha salvado!

MUJER.—¡Dios le bendiga!

HIJA.—¡Qué suerte!

PADRE.—¿Y dónde, dónde está ese hotel?

TODOS.—¿Dónde está?

TRANSEUNTE.—Pues en Valladolid, calle de la Trapacería, 17.

PADRE.—(*Con decepción.*) ¡Vamos, hombre!

MARIDO.—¡Ande usted, que lo maten!

HIJA.—¡Vaya una guasa!

TRANSEUNTE.—Señor..., yo veo que aquí sobra gente; en Valladolid falta...; la propaganda es lícita.

PADRE.—Vamos, hombre. ¡El sinvergüenza ese!...

MADRE.—¡So guasón!...

PADRE.—Señores de Trevijano, a los botes.

(*Se van con el equipaje camino de la playa.*)

ESCENA III

MARCULETA, el MAITRE, un BOTONES con equipaje. Salen del hotel.

MARCULETA.—(*Al Botones.*) Marcelino, rinde el bagaje sobre el adoquinado. Y usté (*El Botones deja las maletas.*), *metre*, mi querido *metre*, ¿por qué no nos mete en algún rinconcito?

METRE.—(*Con acento francés.*) *Ma* no pueda, señor; ya la dicho que no pueda. Tenemos gente más arriba de las tejas.

MARCULETA.—¿Pero no hay un rincón, una rendija? Si yo soy capaz de instalarme en una grieta.

METRE.—¡Oh, grieta!... No me haga usté reír. ¡No cabría el señor!

MARCULETA.—¡¡Oh, *ui; regardé mon megrés!*

METRE.—*Ma pa* posible. Ya le he dicho al señor que esta misma mañana *truá*..., truasientas familias son idas, que no pueda colocar.

MARCULETA.—Es que si me coloca a mí, la recompensa, mi querido *metre*, sería de una esplendidez kapurtalesca.

METRE.—*Ma* no me diga, señor; si yo pueda, yo haría...

MARCULETA.—Es que el compromiso es horrible, querido *metre;* figúrese usted que espero a *truá demoasell*, de *caché* e *rasgu*, vamos, de rompe y rasga; que como ellas arriben y vean que no tienen donde *cucher... La mer avec culot!* Vamos, la mar en calzoncillos, que decimos en *mon peí. Je me la gañ!*

METRE.—*Ma* no pueda, no pueda..., yo lo sienta; *ma* no pueda, no pueda...

MARCULETA.—(*Siguiéndole.*) ¿Pero no tendrían ustedes siquiera un gallinero donde poner unas...

METRE.—*Ma* no pueda, no pueda... (*Mutis al hotel.*)

MARCULETA.—¡Oh, *mon Die, mon Die!...* Bueno, pues ya lo ves, apreciable y querido Marcelino; no nos queda más esperanza que el señor Gorostiza, que se ha quedao ahí dentro, tratando de convencer a los señores de Manteca, que están

instalados en la despensa, a ver si quieren cederme un vasar, en cuyo caso tú te instalarías en una tinaja de muy buenas condiciones higiénicas, porque tiene tres agujeros, y que he visto a la entrada.

BOTONES.—Mire usted, ahí viene el señor Gorostiza. (*Mutis el Botones por el hotel.*)

ESCENA IV

MARCULETA Y GOROSTIZA, del hotel.

MARCULETA.—¿Qué tal, qué tal tus gestiones, mi querido Gorostiza?

GOROSTIZA.—¡Ay, Marculeta de mi alma!... Mis gestiones, totalmente inútiles.

MARCULETA.—¿No has podido hablar a Manteca?

GOROSTIZA.—Me ha sido imposible. No deja entrar en la despensa ni una rata.

MARCULETA.—¡Qué torpeza la de la gente de este pueblo!... ¡No tener prevista esta invasión!...

GOROSTIZA.—Pero que se hayan metido quince mil donde apenas caben mil ¿quién lo prevé? Así se han dado casos como el de los Torrés.

MARCULETA.—¡Ah, los de Torres, sí; anoche supe que han tenido que instalarse en el campanario de la iglesia!

GOROSTIZA.—¿Y sabes dónde han pasado la noche los de Aguado?

MARCULETA.—En el cuarto de baño... me lo han dicho.

GOROSTIZA.—Al padre y a la madre les han hecho la cama en la pila.

MARCULETA.—Yo creo que al niño le han hecho una cunita en el... (*Dibuja con los dedos índices de las dos manos un bidet en el aire.*)

GOROSTIZA.—Sí, ya, ya.

MARCULETA.—Bueno, mi querido y fraternal Gorostiza, y haciendo un supremo esfuerzo, ¿tú no tendrías un rinconcito?

GOROSTIZA.—¡Nada, hombre!... ¡Ni soñarlo! En el pueblo está todo, pero absolutamente todo lleno. Con decirte que se ha llenado el teatro, que aquí no se llena nunca...; unos recién casados en el paraíso..., y al general Carrasco lo han instalado en el escenario; pero como es tan meticuloso, le han tenido que poner una decoración de campamento.

MARCULETA.—Menos mal. Pues bien, mi sincero y afable Go-

rostiza; es que tú no sabes el apuro horrible en que me veo.

GOROSTIZA.—¿Pues?...

MARCULETA.—Para que lo comprendas, voy a abrirte mi corazón de par en par.

GOROSTIZA.—Dime.

MARCULETA.—El alojamiento que busco con tanto empeño no es sólo para mí, la verdad.

GOROSTIZA.—¿Que no?... ¿Pues para quién?

MARCULETA.—Para tres amiguitas mías.

GOROSTIZA.—¡Pero, Marculeta! ¡Tú, un hombre formal!... Pero, ¿y tu mujer?

MARCULETA.—Bueno, mi severo Gorostiza, no me regañes, y ayúdame a evitar el escándalo espantoso que me amenaza.

GOROSTIZA.—¿Cómo escándalo?

MARCULETA.—¡Horrendo!... Verás... Una de las amiguitas de que te hablo... es Tula Prendes, ¡ya la conoces!

GOROSTIZA.—¿Quién no conoce en Madrid a Tula Prendes?

MARCULETA.—Bueno, pues ella y yo... (*Acción de estar unidos.*)

GOROSTIZA.—¿Pero no estaba con Porras?

MARCULETA.—Ha dejado a Porras por mí... Dice que no quiere nada con un tocayo de los guardias. Total que Tula y yo estamos ahora en plena luna...

GOROSTIZA.—¡No irás a decir que de miel!

MARCULETA.—Bueno, ponle chantilly; porque como dulce Tulita es el Riojano... Pues bien, la pobrecilla tenía un gran empeño en venir aquí a ver las carreras automovilistas con sus amiguitas Celia la Morucha y Mimí la *Vedet*... ¡Es lo primero que me pide! ¿Cómo no complacerla?... Yo le hablé a Alfonsito Cañavega, me ofreció su villa, se lo comuniqué a Tula y a las otras y se quedaron locas de contentas e ilusionadísimas... (*Con decepción.*) ¡Pero llego ayer y me encuentro conque a la mujer de Alfonsito, que estaba en Holanda, no sé qué le ha pasado con un queso de bola, que se ha tenido que venir bastante delicada... ¡Está aquí desde ayer!... ¡Qué hago yo con Tula, que, contrariada, es una fiera! ¿Qué hago yo en cuanto llegue con sus amigas y se encuentre que tiene que marcharse?... ¡Me despelleja! Yo no afronto la contingencia, mi cordial Gorostiza, compréndelo.

GOROSTIZA.—Bueno, ¿pero no temes que si te alojas aquí tu mujer y tus hijas pudieran sorprenderte?

MARCULETA.—No, eso no. Querían venir, pero en la imposibilidad de encontrar habitaciones, no se moverán de Cantillana, donde veranean.

GOROSTIZA.—Porque es que yo no me canso de pensar si tu mujer, si Visita supiera esto, con lo que te quiere.

MARCULETA.—¡Toma, y yo también la quiero a ella!... ¡Y con locura! Si ya me conoces, Gorostiza; si yo quiero con locura a todo el mundo. ¡Si mi perdición es esta sensibilidad nativa que me mediatiza, que me capta para todo lo que sea compasión y ternura. Si yo hay días que llego tarde a comer a mi casa, entretenido en pasar ciegos de una acera a otra... ¡Figúrate cómo querré a mi mujer!... Pero, vamos, llevo veintidós años de casado. No pasé nunca de una calaveradilla mensual. ¿A quién se niega esa insignificantez?

GOROSTIZA.—Bueno, eres de una fresquez antártica, mi refrigerado Marculeta.

MARCULETA.—Sí, sí, no te lo niego; pero, vamos, no creo que sea esta la hora de las recriminaciones. Mi desvergüenza, digámoslo así, no tiene nada que ver con el problema logístico que se ventila, y digo ventila porque me tienen en plena calle. De modo que yo te ruego, mi eficaz y positivo Gorostiza, que ya que conoces la extensión de mi conflicto, me digas si podrías hacer algo para solucionarlo.

GOROSTIZA.—Imposible. Dile a Tula la verdad de lo que sucede.

MARCULETA.—No, no se resigna; la conozco, no se resigna.

GOROSTIZA.—¡Qué remedio!... Asegúrale, y no la engañas, que no hay aquí rincón donde meterse; y en fin, puedes jurarle que en este pueblo, en el momento actual, todo está repleto, que no hay nada, absolutamente nada vacío más que la cárcel..., y no creo que la cárcel...

MARCULETA.—(*Da un grito súbito como si acabara de oír una revelación celestial.*) ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Cielos!!! Aguarda.

GOROSTIZA.—(*Asombrado.*) ¿Qué?

MARCULETA.—¿Qué has dicho, querido Gorostiza? ¿Pero la cárcel está vacía?

GOROSTIZA.—Sí; la gente de aquí es muy pacífica; en la cárcel casi nunca hay nadie.

MARCULETA.—¡Que no hay nadie en la cárcel!... ¡Ay, mi revelador Gorostiza, que rayo de luz acabas de filtrar en mi torturada imaginación!

GOROSTIZA.—¿Pero qué pretendes?

MARCULETA.—Una interrogante... ¿Tú conoces al director de la cárcel?

GOROSTIZA.—Pero oye, Marculeta, supongo que no tendrás la insensata pretensión...

MARCULETA.—(*Como hablando consigo mismo.*) Tres días...,

una cárcel vacía..., un ligero revoco en los calabozos..., una sencilla desinfección...; ¿tú conoces al director de la cárcel?

GOROSTIZA.—Mucho; íntimo amigo mío de toda la vida. Y tú también lo debes de conocer.

MARCULETA.—¿Yo también? ¿Pues quién es?

GOROSTIZA.—Un tío simpatiquísimo, un punto fuerte en Madrid, un juerguista a ultranza, alegre, mujeriego, bebedor... ¡Juanito Maturana!

MARCULETA.—¿Juanito Maturana?... ¡Pero Maturana!... ¡Aquel muchacho que se gastó una fortuna? ¿Que su padre era director general de Prisiones y le obligó a estudiar para Penales?

GOROSTIZA.—Exactamente. Y que por no meterle en la cárcel, lo han hecho director de la de aquí, y así lo tiene sujeto y con sueldo.

MARCULETA.—¡Pues, ay, mi esclarecido Gorostiza, que creo que nos hemos salvado!

GOROSTIZA.—Que no, Marculeta, de ninguna manera. ¿Pero es que abrigas la insensata idea...?

MARCULETA.—¿Cómo si la abrigo?... Pero que con dos mantas. ¡Ah, sí, sí, mi combinación es maquiavélica, pero salvadora! Conque llévame a la cárcel por lo que más quieras.

GOROSTIZA.—¡Pero Marculeta!

MARCULETA.—Llévame a la cárcel, o llamo a un guardia.

GOROSTIZA.—¡Calla! (*Mirando al foro.*)

MARCULETA.—¿Qué?

GOROSTIZA.—Míralo, de la playa sube.

MARCULETA.—¿El guardia?

GOROSTIZA.—No, hombre, Maturana; ¡ahí lo tienes!

MARCULETA.—La Providencia nos lo envía. Preséntame, por si acaso no me recuerda.

GOROSTIZA.—(*Llamando.*) ¡Juanito! ¡Juanito!... ¡Maturana!

ESCENA V

DICHOS y MATURANA.

MATURANA.—¡Querido Gorostiza, tú!...

GOROSTIZA.—Sí, hombre, acércate, que quería presentarte a un amigo. (*Se hacen una inclinación de cabeza.*) ¿Tú no lo recuerdas?

MATURANA.—Así, a primera vista, sí, parece que...

GOROSTIZA.—¡Marculeta, hombre!

MATURANA.—¡Pepe Marculeta!...

MARCULETA.—El mismo. ¿No me recuerdas?

MATURANA.—Sí, hombre, sí; pero, claro, como antes llevabas barba... ¿Tú antes no llevabas barba?

MARCULETA.—En efecto.

MATURANA.—Y tenías el pelo canoso.

MARCULETA.—Sí, pero todos esos defectos se van corrigiendo con los años.

MATURANA.—Sí, hombre, sí, ya lo creo que me acuerdo... ¡Caramba con Marculeta! (*Se abrazan.*)

MARCULETA.—¿Y qué?; ya me ha dicho éste que estás aquí en la cárcel.

MATURANA.—Sí, pero descansadísimo, chico; es un destino estupendo. En la cárcel de aquí, como nunca hay nadie, ¿sabes?

MARCULETA.—¿Nadie?

MATURANA.—Vamos, es decir, somos cinco...: un auxiliar, que tengo ahora con permiso; el carcelero, que se llama Benigno, y lo es, aunque le gusta sonar mucho las llaves, y dos ladrones; pero, vamos, de poca monta, personas simpatiquísimas...

MARCULETA.—¡Caray, mi excelente Maturana, pues... si vieras, a propósito de la cárcel, de qué conflicto tan enorme podrías tú sacarme!...

GOROSTIZA.—¡Pero, hombre, no seas loco, Marculeta!

MARCULETA.—Bueno, ¿de qué se trata? Porque si yo puedo, cuenta conmigo.

MARCULETA.—Puedes.

MATURANA.—Expón.

MARCULETA.—Tú sabes, mi reconocido y bondadoso Maturana, que en el instante actual, el problema de alojamientos en este pueblo es absolutamente irresoluble.

MATURANA.—En efecto.

MARCULETA.—Bueno, pues fíjate: yo espero ahora mismo, tal vez dentro de algunos minutos, a tres mujeres guapísimas.

MATURANA.—(*Electrizado.*) ¡Caray!... ¿Tres nada más?..., digo, ¿nada menos?

MARCULETA.—Son tres esculturas de una estupendez que la Venus de Milo ha presentado su dimisión por insuficiencia plástica, no te digo más.

MATURANA.—¿Y cuándo llegan?

MARCULETA.—Ahora mismo.

MATURANA.—Vamos a la carretera.

MARCULETA.—No corras, que hay baches.

GOROSTIZA.—Sois tal para cual.

MATURANA.—Pues ya me figuro lo que pretendes... Esas mujeres quieren estar aquí los tres días del circuito.

MARCULETA.—Exacto.

MATURANA.—Tú no tienes donde alojarlas...

MARCULETA.—No, pero la cárcel está vacía...

MATURANA.—Y como las mujeres son tres, nosotros tres, los días que durará el circuito, tres...

GOROSTIZA.—Pretende este insensato...

MARCULETA.—El revoco de unas celditas, una sencilla desinfección, unas cretonas, unas pantallitas, unos jarritos con flores... y dejamos unos calabozos monísimos.

MATURANA.—No digas más...

MARCULETA.—¡Digo más! Cien botellas de la Viuda, un gramófono, una docena de jamones de Trevélez, fraternidad, alegría, expansión, y nos corremos un juergazo que el paraíso terrenal comparado con la cárcel de este pueblo va a parecer una oficina de arbitrios municipales. ¿Qué te parece?

MATURANA.—Que esas señoras van a la cárcel. Eso es añejo.

GOROSTIZA.—¿Pero y tu responsabilidad?

MATURANA.—Hombre, si fuera para muchos días y se diera escándalo...; ¿pero quién va a saber esto?

MARCULETA.—Ni Lombroso.

MATURANA.—(*Relamiéndose.*) Tres días de juerga, mujeres, vino alegría... Tú vas a llevar al ámbito tenebroso de la cárcel un rayo de sol canicular.

MARCULETA.—¡Olé los poetas!... ¡Me has penetrado, Maturana!

GOROSTIZA.—Bueno, ¿y vosotros sabéis si ellas querrán ir a la cárcel?

MARCULETA.—Sí, hombre; ¿tú sabes, para tres muchachas frívolas y modernas, lo original y peliculesco que es un alojamiento secreto en una cárcel pueblerina?

MATURANA.—Y con tres tipos como nosotros, que somos tres Valentinos penitenciarios.

MARCULETA.—¿Y servidas por dos ladrones nada menos!... Vamos, hombre si no se sueña cosa más original.

MATURANA.—Pues nada, convenido.

MARCULETA.—¡Qué ironías tiene la vida!... ¿Quién me iba a decir que había yo de encontrar en la cárcel mi libertad... amorosa?

MATURANA.—Es verdad, porque tú, creo que eres casado.

GOROSTIZA.—Y con una mujer que le adora y le cree el más fiel de los hombres. ¡Fiel, y cuando menos tiene cinco amantes!

MARCULETA.—Sí, pero nunca las mismas. La diversidad es mi truco. No le doy tiempo a mi mujer a tener celos de ninguna. Además, la ciego con mi cariño... Presente, la mimo, la

regalo, la acaricio; ausente, la abrumo por correo y telégrafo... Hay que leer mis telefonemas de madrugada: "Acabo de dormirme pensando en ti. Envío beso nocturnal. Hasta el chocolate. Tu Pepísimo..." Y la tengo loca.

MATURANA.—Bueno, yo no sé cómo veranea tu familia... con tu frescura. (*Suena un klaxon de automóvil.*)

ESCENA VI

DICHOS, TULA, MIMI y CELIA, tres mujeres guapas, vestidas con cierta exagerada elegancia. Detrás, ALVARITO LA RIOJA, un pollo pera con traje automovilista.

GOROSTIZA.—Calla. ¿Oyes?

MARCULETA.—Sí, el klaxon del auto de Tula. Lo conozco. Ahí están.

GOROSTIZA.—Sí, míralas...; ¡qué guapas vienen!

MATURANA.—¡Vaya percal!

MARCULETA.—¿Le llamas percal a eso?

MATURANA.—Bueno, brocatel.

MARCULETA.—¿Qué te parece eso de la prisión?

GOROSTIZA.—Pero de lo fino. ¡Pobrecillas! Si supieran que van a ir a la cárcel.

MATURANA.—Para no soltarlas ne toda la vida.

GOROSTIZA.—¡Son tres diosas!

MATURANA.—¡Pero tres diosas paganas!

MARCULETA.—¿Cómo paganas? ¡Pa voracidades! Están pa comérselas, rebañar y chuparse las yemas de postres.

(*Salen las tres muy alegres.*)

TULA.—Bueno, servidoritas.

CELIA.—Ya nos tienes aquí, Marcú.

MARCULETA.—¿Qué tal, qué tal el viaje?

MIMÍ.—¡Vaya viajecito, amigo!

TULA.—¡Accidentadísimo!

MARCULETA.—¿Habéis tenido *pan?*

TULA.—Pan y fruta... ¡Como que nos ha traído ese pera!

ALVARITO.—(*Saliendo.*) Oye tú..., ¿pero de qué te quejas? Si las he hecho una media preciosa... Ya me conoces a mí arreando con el Chisquis, seis cilindros. Ahora que una *panne*...

MARCULETA.—¿Pero ha sido pan de goma?

TULA.—¡Quia, hombre, de picos; porque andova nos ha dao un morrón...!

MIMÍ.—Pero un morrón que de poco nos tenemos que repartir los chichones a porrateo.

MARCULETA.—¿Pues qué ha sido?

ALVARITO.—Nada, hijo; estas carreteras con árboles, ¿sabes? Unos árboles que no hacen más que estorbar, y, claro, mucho árbol, muchas curvas, pocos peraltes, yo, que no me ciño en los virajes, pues derrapé...

TULA.—¿Cómo derrapé?... Que le dió así con el hombro a un álamo que ya estará cociéndole la olla al peón caminero.

CELIA.—¡Qué porrazo habrá sido, que yo, que me iba dando barrita en los labios, tengo la campanilla carmesí, no te digo más!

ALVARITO.—Vamos, hijas, exageráis pa mataros.

TULA.—Bueno, y a todo esto, ¿estos señores?...

MARCULETA.—Dos amigos míos... Paco Gorostiza...

TULA.—Tanto gusto...

MARCULETA.—(*Presentándola a Maturana.*) Tula Prendes.

MATURANA.—Ya lo creo...; ya la conocía de vista.

TULA.—Y yo a usté de algo así.

MARCULETA.—Y aquí, mi amigo Maturana, director de la cárcel.

TULA.—¡Uy, qué miedo! Servidorita. Y aquí, mi amiga Mimí y una primita suya, Celia la Morucha.

GOROSTIZA.—Monísima.

TULA.—Recién puesta de largo.

MARCULETA.—Ya se la nota. Y a éste ya le conocéis: Alva-
Rioja.

Í.—O el pollo Rimel... que l'han puesto ahora.

IA.—Muy conocido. Toos los pimientos suyos.

VARITO.—Y de buena pasta, porque, ya lo ven ustedes, más que me zahieren no me azaran.

TULA.—¡Ah!, oye, Marcu, que nos traigan el equipaje aquí, porque un guardia no nos ha dejao que entrase el auto en la plaza.

MIMÍ.—¡Y, chico, si vieses las envidias en Cantillana, de que nos han visto venir pa acá!

CELIA.—Porque creo que hay aquí una aglomeración de público por demás.

TULA.—Bueno, tú, ¿y dónde vamos a parar, a la villa de Alfonsito?

MARCULETA.—¡Quia, no ha podido ser!

TULA.—¡Mi madre! ¿Cómo que no?

CELIA.—¿Entonces?

TULA.—¿Estamos en el hotel?

MARCULETA.—Tampoco, imposible. No hay habitaciones ni a peso de oro.

TULA.—¡Ay, Marcu!... ¿Pues dónde estamos?

MARCULETA.—Pues veréis... La aglomeración de gente en Arenillas del Mar es tal, mi encantadora Tula, que el problema de los alojamientos rebasa, por sus proporciones desproporcionadas—y perdóname el barbarismo—, los límites de toda previsión.

TULA.—¡Ay, Marcu, para; que cuando tú te pones retórico es que l'has pringao!

ALVARITO.—Mira si nos tenemos que volver, ¡qué plancha!

CELIA.—Ya lo decía la Serranita: que no veíamos el circuito.

MARCULETA.—La Serranita puede que dijera eso; pero el Serranito, que es un servidor, dice que os quedáis.

ALVARITO.—¡Olé!... ¿Pero dónde?... ¿Dónde?

MATURANA.—En un alojamiento de lo más cómodo y amplio que puedan ustedes soñar.

GOROSTIZA.—Pero que merece unas explicaciones determinadas y expresas.

ALVARITO.—¿Expresas?

MARCULETA.—¡Expresas, ellas; tú, expreso!

ALVARITO.—¡No entiendo!

MARCULETA.—Voy a aclarar. En el pueblo, mis dulces amigas, era imposible alojaros; yo os iba a telegrafiar para que no vinierais; pero en esto surge mi amigo Maturana y me dice: Si no se asustaran, yo tengo donde meterlas. ¿Dónde?..., le pregunto. En la cárcel..., me añade...

TULA.—¡Jesús!

MIMÍ.—¡Qué brutos!

CELIA.—¡Ay, no gastar bromas, que a mí me da miedo!

ALVARITO.—Oye, pues sería graciosísimo.

TULA.—¡¡Amos, mia que proponernos!...

MATURANA.—No se asusten, y calma, calma.

MARCULETA.—Vosotras tenéis reparo porque creeéis que la cárcel de este pueblo es una cárcel vulgar.

TULA.—Naturalmente.

MARCULETA.—Pues no, señor... Esta cárcel, que siempre está vacía, es una cárcel cómoda, amplia, suntuosa, blanca, limpia, alegre, con gramófono, agua corriente, aparato de radio, cretonas, flores, pantallas, gas en todos los pisos..., y allí podéis vivir vosotras tres, detenidas, con nosotros tres, en tres calabozos trianonescos con arroyos de champagne, raudales de alegría, esplendores de amor, libertad absoluta, jamones de Trévelez, y sin otro condenado que éste...

ALVARITO.—¿Yo?...

MARCULETA.—Condenado a tocar la pianola. Y allí viviréis presas, pero sin otra cadena que nuestros ebúrneos y amorosos brazos. En estas condiciones, decidme, ¿la cárcel no es algo peliculesco? ¿Algo fosforescente, algo inquietante?

ALVARITO.—Me declaro quincenario honorario.

TULA.—Oye tú, que me se va quitando el miedo.

MIMÍ.—¿Y se van ustedes a instalar cerca?

GOROSTIZA.—¡Lado por lado!... ¡Preciosa!

MIMÍ.—¿Y habrá jamones?

MATURANA.—A docenas.

MIMÍ.—Pues a mí no me detengan ustedes, que me voy a la cárcel de una carrera.

TULA.—Oye, ¿pero en esa cárcel habrá ratas?

MARCULETA.—Sí, pero las pondremos unas mantitas bordadas como a los perritos de lujo...

ALVARITO.—¡Huy, qué preciosidad!

CELIA.—¿Y arañas, habrá arañas?

MATURANA.—También; pero las arañas de esta cárcel hacen unas telas elegantísimas.

TULA.—¿Y podremos salir cuando nos dé la gana?

GOROSTIZA.—Pues claro.

MATURANA.—Yo soy el jefe. ¡Figúrese usted!

MARCULETA.—Y todo esto tres días; tres días nada más, pero tres días de juerga, de risa, de cuentos alegres, de bailoteos incesantes...

TULA.—No, y que la cosa como original...

ALVARITO.—Parece una diablura de cine.

CELIA.—Mia si tenía razón aquella gitana que nos dijo que puede que nos viéramos en la cárcel.

MIMÍ.—Bueno, ¿y tendremos quién nos sirva?

MATURANA.—Dos ladrones, que son los únicos presos que hay.

MARCULETA.—Pero dos ladrones amables, simpatiquísimos..., que os servirán a la mesa, que os quitarán los platos sin que lo notéis..., y os quitarán los cubiertos con una rapidez de prestimano.

MIMÍ.—Oye, ¿y no nos robarán a nosotras?

TULA.—No; cuando quieran robar algo los soltamos, ¿verdad?...

ALVARITO.—Bueno, estoy encantado. Esta es la aventura más original que ha soñado persona nacida.

CELIA.—Que sí, que sí, que me va gustando.

MIMÍ.—¡Que cuando lo contemos va a ser una risa!

TULA.—¡Y nos van a hacer un cartelito!

MATURANA.—Entonces, ¿conformes?

TRES.—Conformes.

MARCULETA.—¡Pues daos presas! (*Marculeta abraza a Tula, Gorostiza a Mimí y Maturana a Celia.*)

ALVARITO.—Y a mí ¿quién me detiene?

MARCULETA.—¡Que te detenga un porra!

CELIA.—Bueno, ¿queréis que entremos a ver si nos dejan lavarnos un poco en el hotel?

MIMÍ.—Sí, vamos, y luego a la cárcel.

CELIA.—Prisioneras.

MATURANA.—¡De amor!

CELIA.—Ya veremos.

GOROSTIZA.—(*Del brazo de Mimí.*) Por de pronto, prisión preventiva.

ALVARITO.—Cada uno con cada una. ¡Vamos, será pata! ¿Pero qué tendré yo? ¡Claro, por eso me llaman el pollo non! ¡Me da una rabia! (*Enta en el hotel.*)

ESCENA VII

TULA y MARCULETA.

MARCULETA.—¿Tú no entras?

TULA.—No, estaba deseando que nos dejasen solos.

MARCULETA.—¿Pues?... ¿Te ocurre algo?

TULA.—Na, estas cosas horribles que me pasan a mí.

MARCULETA.—¡Caray! ¿Pero algo grave?

TULA.—Sí, no quiero engañarte. Muy grave, Pepe.

MARCULETA.—¿Pero de qué se trata?

TULA.—De un animal.

MARCULETA.—¿Porras, lo menos?

TULA.—Del bestia ese de Porras, que me se ha puesto tonto.

MARCULETA.—¿Pero Porras otra vez?

TULA.—Y ahora peor que nunca, hijo...: más irritado, más furioso. ¡Ese tío es mi castigo!

MARCULETA.—¿Y qué quiere?

TULA.—Naa, que dice que le ha entrao una pasión por mí más grande que la que le entró a Julieta por no sé qué señor de Romea u Romeo, o no sé qué me ha dicho..., y me ha amenazao con que o me voy con él o le pega fuego al pueblo. Naa más que esa tontería. ¡Y aquí que no hay bomberos, figúrate!

MARCULETA.—¿Que vuelvas con él?... ¡Que vuelva con su nodriza!

TULA.—Dice que está loco.

MARCULETA.—Exagera. Tonto nada más.

TULA.—Y anoche me dijo que si no te dejo y le sigo, su venganza va a ser horrible... ¡Que está dispuesto hasta a cometer un crimen! ¡Que tie nurastenia nerviosa! ¡Y que te degüella! Naa más que esa tontería.

MARCULETA.—¡Pero caray con el bestia ese!

TULA.—Y yo estoy asustada, Marcu; porque, ya le conoces, como bruto, es más bruto que un raíl. Acuérdate de lo que hizo con Paquita la Cordobesa cuando lo dejó, que la llevó engañada a un sanatorio y de poco la hacen la apendicitis.

MARCULETA.—¡Qué animal!

TULA.—Y a Paquita la *Cuplé*, porque no le quiso, el día de su beneficio le mandó una corona funeraria con una calavera y dos peronés cruzaos.

MARCULETA.—Pues sí que...

TULA.—Ha hecho burrás que meten miedo.

MARCULETA.—Pues, mira, casi me alegro que estemos en la cárcel.

TULA.—Y yo, porque allí no creo que dé con nosotros.

MARCULETA.—¿Pero tú crees que te habrá seguido?

TULA.—Seguro...; si no me deja a sol ni a sombra.

MARCULETA.—Pues que tenga mucho cuidao conmigo, porque si se me pone a tiro...

TULA.—No, nada de ruidos...

MARCULETA.—Digo que si se me pone a tiro, con no saludarle... en paz. ¡Que yo no me achico!

TULA.—Yo he querido prevenirte, porque un tío con ese alma tan negra y despechao es capaz de...

MARCULETA.—No hagas caso. Déjalo venir, que cuando yo le vea..., tiempo habrá de esconderse. ¡Calla!... ¡Esos!

ESCENA VIII

DICHOS, MIMI, CELIA, GOROSTIZA y MATURANA.

MIMÍ.—Bueno, ya estamos.

MATURANA.—Pues andando...

GOROSTIZA.—Yo me llevo detenida aquí, a la joven...

TULA.—¿Y Alvarito?

CELIA.—Dice que como va a correr el Chisquis seis cilindros, después de entrenarse irá a la cárcel.

MARCULETA.—Lo creo; porque ese atropella a ocho o nueve.

MATURANA.—Pues cada uno con su petate y a la prisión.

TULA.—¡Bueno, esto es de lo más salao!...

MARCULETA.—¡Conducción de presas!... ¡Y bien sujetas!... ¡En marcha! (*Vanse izquierda, del brazo unos de otros, alegres y risueños.*)

ESCENA IX

PORRAS.

(*Sale Porras por el lado contrario sigilosamente con una cara de traidor que asusta.*)

PORRAS.—(*Viéndolos marcharse y sonriendo mefistofélicamente.*) ¿La quiero?... No la quiero. ¿Me importa?... Ni un pepino. Pero irseme, después de gastárseme cuarenta y cinco mil pesetas, es pitorreárseme, y a mí, no. A Indalecio Porras Camomila no ha nacido la hija de Eva y del señor que sea —que de Eva sólo no será—que me tome el cuero piloso. Y que yo, industrial y propietario, hago en este pueblo una que sea sonada y estornudada... ¡Eso es decrépito! ¡Anda con Dios Marculeta! ¡Tú te vas con Tula Prendes, pero tú la sueltas, y sino, al almanaque. ¡Por estas crucecitas digitales!... ¿La quiero?... No la quiero. ¿Me importa?... Ni una alcachofa... —cambio de hortaliza pa no hacerme monótono—; pero irseme después de gastárseme cuarenta y cinco mil del ala es pitorreárseme, y a mí no. ¡Al almanaque! ¿Dónde s'alojarán? ¡Porque sitio no hay en too el pueblo! Si yo lo averiguara, ya sería un dato pa inmiscuirme y jugarles una jugarreta marca Porras. ¡Calle, Alvarito la Rioja a babor!... En las playas me gusta hablar en marítimo... Vamos al abordaje, que este es íntimo de la pandilla. A ver si le saco donde están parando; que yo se lo saco a buenas o a medianas. (*Alto.*) ¡Hola, perita!

ESCENA X

DICHO y ALVARITO.

ALVARITO.—Adiós, Porras, ¿tú por aquí?

PORRAS.—Por aquí hemos caído. A pisar callos. Creo que hay mucha concurrencia.

ALVARITO.—Tú siempre amenazador.

PORRAS.—Y tú ¿qué? ¿Vienes a correr el Chisques?

ALVARITO.—¡A ver si tengo más suerte que el año pasado!

PORRAS.—Sí, porque el año pasao te metiste en una tribuna y lesionaste hasta el billetaje...

ALVARITO.—Fué un despiste. Pero acuérdate que di las tres vueltas.

PORRAS.—Tres vueltas y nueve volteretas, porque tú cuando te pones a rodar de costao eres un molinito ventero.

ALVARITO.—¡Ay, pero cuidao que eres hiperbólico!...

PORRAS.—Eso, a tu papá.

ALVARITO.—No es nada malo.

PORRAS.—Por si acaso, que no me fío.

ALVARITO.—¡Suspicaz!

PORRAS.—Bueno, y ya te he visto con Tula y comparsería.

ALVARITO.—Sí, las he traído de Cantillana. ¡Chico, las he hecho una media preciosa!

PORRAS.—Oye, ¿y dónde paráis? Porque aquí hospedarse no creo que...

ALVARITO.—¡Ay, chico, pues tenemos el alojamiento más original que puedes figurarte!

PORRAS.—Sí... ¿Eh?... ¿Dónde, dónde paráis?

ALVARITO.—¿A que no lo adivinas?

PORRAS.—¡Quién sabe!... ¿En una trainera?

ALVARITO.—¡Más original!

PORRAS.—¡En la Casa de Socorro!

ALVARITO.—¡Más!

PORRAS.—¿En el depósito judicial?

ALVARITO.—¡Chico, yo me muero de risa, porque es un sitio que en cuanto que se sepa no se va a hablar de otra cosa en Madrid.

PORRAS.—¿Pues dónde es, caray, que me has picao la curiosidad?

ALVARITO.—Bueno, tú no se lo dirás a nadie, que me han recomendao el mayor secreto; pero es una cosa tan absurda, tan nueva, tan graciosa...

PORRAS.—Bueno, ¿pero dónde vivís?... O me lo dices o te mudas, porque ya me has puesto nervioso.

ALVARITO.—Bueno, pues... vivimos..., ¡vivimos en la cárcel!

PORRAS.—¡Mi madre!... Oye tú, ¿pero cómo en la cárcel?

ALVARITO.—Sí, hombre. ¿Tú no conoces a Juanito Maturana?

PORRAS.—¿Ese punto de Madrid, que se gastó un platal en un año?

ALVARITO.—El mismo. Bueno, pues es director de la cárcel de aquí; íntimo amigo de Gorostiza, que también se las trae;

y por indicación de Marculeta, en vista de que no encontraban donde meterse, han cogido a las gachís...

PORRAS.—¿Y las han instalado en la cárcel?

ALVARITO.—En la cárcel. Y no quieras saber el juergazo que se preparan.

PORRAS.—¡Chico, es de una originalidad despampanante!

ALVARITO.—Vamos a llevar un ciento de botellas de la Viuda, jamones, salchichones, quesos, conservas...

PORRAS.—¡Arrea!

ALVARITO.—Un gramófono, una pianola..., y con la alegría que llevamos en el cuerpo, aquello va a convertirse en el *Celular Cabaret*.

PORRAS.—¡No me lo cuentes! ¡Pa volcarse de risa!

ALVARITO.—Lo que siento es que con motivo de lo de Maturana y Tula, tú no puedas...

PORRAS.—Déjate... ¡Qué se le va hacer!

ALVARITO.—Ahora que espero que no estés molesto...

PORRAS.—¡Quia, hombre! Agua pasada no mueve el molino. Conque nada, Alvarito, que os divirtáis en gordo; que me da el corazón que sí que os vais a divertir.

ALVARITO.—Gracias, querido Porras; bueno, y de esto, ni una palabra, que me han recomendao...; se lo he contao a quince o veinte y todos me han prometido...

PORRAS.—Por mí como si se lo hubieras echao a un pozo artesiano. Anda con Dios.

ALVARITO.—Y voy a constituirme en prisión. Cuando me indulten ya te contaré... ¡Ja, ja, ja! (*Vase riendo.*)

PORRAS.—¿Ellos... dentro de una cárcel y de juerga? Pues nada, infracción de los reglamentos celulares; atropello del Código penal; mofa del ministro del ramo; befa de las disposiciones punitivas sobre establecimientos penitenciarios; chufla de lo ordenado en el Real decreto de 17 de julio... Nada, que así, por encima de la ropa..., les calculo de ciento cuarenta a ciento cincuenta años de cadena temporal, con accesorias y costas, por ser en puerto de mar. Bueno, si mi venganza me la prepara el demonio, es que no lo hace mejor. Porque ahora mismito parto con la rectitud de una flecha indicadora, penetro en Teléfonos, esgrimo la pluma, atiborro los casilleros y le redacto al director general de Prisiones un telefonema que a la media hora están todos amarraos codo con codo, camino de la corte. ¡Anda, Tula, que me la habéis jugao, pero os acordáis de mí y de la cárcel de este pueblo pa toda vuestra vida!... (*Mirando a la izquierda.*) Calle, pero ¿qué veo?... O me toman el pelo mis niñas, o aquella señora que viene ha-

cia aquí con gran alborozo, seguida de niños, es la mujer de Marculeta... ¡Justo! Y viene dialogando con el marqués de Navachescas, seguido de niñas, en *peñuar*, vulgo capuchón *sur mer*. Pues yo, aunque esté feo el hacerlo, me oculto aquí a ver si les pesco algo de la conversación, y quién sabe si mi venganza pueda tomar giros más diabólicos. Exploremos, expiemos y ex... peremos. (*Se oculta en el hotel.*)

ESCENA XI

DOÑA VISITA, MARY, NENE, TITIN, MARQUES DE NAVACHESCAS, DORA y FEFE, por foro izquierda.

VISITA.—Bueno, niños, dejad aquí el equipajito, ¿eh? Maletitas, sombreritas, neceseritos... Agrupadito, todo agrupadito. (*Colocan a la derecha de la escena todo el equipaje, que ha de ser mucho y variado.*)

DORA.—Sí, dejadlo aquí, que ahora vendrán de casa a recogerlo.

MARY.—¡Ay, mamá, qué alegría va a tener papá cuando nos vea!

NENÉ.—¡Ay, qué sorpresa la de papaíto!

TITÍN.—En cuanto sepa que estamos aquí, ¡qué gusto!

VISITA.—Pero usté, marqués, y vosotras, hijas, ¿por qué os habéis molestado? ¡Por Dios, acompañarnos en *peñuar*!

FEFÉ.—¡No haga usté caso!

DORA.—Pero si es el uniforme de aquí.

MARQUÉS.—Si hay días que no nos vestimos más que para acostarnos.

DORA.—Además, venimos del waterpolo.

VISITA.—Sí, hija, sí...; ya se ve que venís del waterpolo. ¿Y qué partidito, eh?

FEFÉ.—Sí, hemos jugado con los Casavante.

VISITA.—¿Y qué?

DORA.—Que les hemos hecho siete a uno.

VISITA.—¡Ay, siete a uno!... ¡Y con tan poca ropa!... ¡Jesús!... (*Ríe.*)

MARQUÉS.—Bueno, Visita; mi mujer, que la perdone usté, que siente mucho no haber podido venir, pero la están haciendo la cara.

FEFÉ.—Ha venido madam Guilló de París y ha querido aprovechar.

VISITA.—¡Ay, sí, hija!... Madam Guilló, ya lo creo; hace

unas caras preciosas. El año pasado le hizo la cara a la Fuengorda, que es más fea que un llamador de casa grande, y cómo se la dejarían, que me la tuvieron que volver a presentar... No la conocí...

MARQUÉS.—A mi mujer lo que la pasa es que se le agrieta el cutis. Yo lo atribuyo a los baños de sol. Le ha dado por ellos, y toma baños de sol hasta los días que llueve.

VISITA.—¡Ay, pues que haga lo que yo, que los días que llueve los tomo de noche!

MARQUÉS.—¡De noche, baños de sol! Original, original.

VISITA.—Sí, señor, con una lamparita Osram, medio kilovatio. Me da un gran resultado.

FEFÉ.—Se lo diremos, se lo diremos.

VISITA.—¡Ay, marqués, qué agradecida les estoy a ustedes por la generosa hospitalidad que nos ofrecen.

MARQUÉS.—Encantados. No vale la pena. Visita, ¡por Dios!

DORA.—Esperábamos a los Vallepardo; no han podido venir...

MARQUÉS.—Sabíamos el deseo loco que tenía usted de que Marculeta no perdiera el circuito...

FEFÉ.—¡Y por eso les avisamos!

MARY.—¡Y qué alegría va a tener papá!

VISITA.—¡Qué lejos estará de su imaginación que yo, a espaldas suyas, he gestionado el amabilísimo alojamiento de ustedes. ¡Por él, sólo por él, me alegro, créalo usté, marqués!

MARQUÉS.—Visita, es usted una esposa modelo.

VISITA.—Le adoro tanto, que mi ilusión no es más que proporcionarle alegrías... ¡La que le voy a dar hoy va a ser de ordago!

DORA.—Lo que debe usted hacer es ponerle un telefonema para que venga.

VISITA.—Sí, hija, mira, aquí lo traigo ya redactado... "Loca alegría, comunícote encontréte alojamiento. Proporciónolo marqués Navachescas. Espérote. Niños bésante. Yo idolátrote. Visitate..." Digo, Visita. Punto. ¿Te parece bien?

MARQUÉS.—¡Con qué cariño se tratan ustedes!

VISITA.—¡Ay, marqués, es que todo se lo merece! En veinte años, ni una infidelidad, ni un disgusto. Para él, las faldas están de más.

MARQUÉS.—¡Toma, y para mí!

VISITA.—Para él, su Visita domiciliaria, como me llama. ¡Es tan humorista! Y nada más. (*Aparte al Marqués.*) En veintidós años de matrimonio y aun no me ha dejado tarjeta. ¡La tarjeta del desengaño!...

MARQUÉS.—Verdad es que usted se lo merece.

VISITA.—¡Por Dios, marqués, usted siempre tan amable como afable!

ESCENA XII

DICHOS, la DUQUESA, tres o cuatro SEÑORITAS y un POLLO, todos con mallot y peñuar. Vienen por el foro, de la playa.

DORA.—Adiós, duquesa.

DUQUESA.—Adiós, hijitas.

FEFÉ.—¿Qué, os retiráis?

UNA.—A tomar el aperitivo.

OTRA.—Vamos al bar Tolín.

DUQUESA.—(*Al Marqués.*) Adiós, Rodrigo.

MARQUÉS.—Adiós, Berenguela.

DUQUESA.—Saluda a Urraca.

MARQUÉS.—Y tú, a Recaredo.

(*Vanse por la derecha.*)

VISITA.—(*A Dora.*) ¿Quién es esa señora visigoda?

FEFÉ.—La duquesa de Vallerrubio. Es una mujer elegantísima. Se viste en París.

VISITA.—Se vestirá en París, porque lo que es aquí... Vámos, es que se le ve casi toda la historia de España.

MARY.—¿Y todas esas son hijas suyas?

DORA.—Va un chico.

MARY.—¡Ay, pues no lo he notao!

MARQUÉS.—Son una pandilla. Y van a tomar el aperitivo al bar Tolín, que es el que está ahora de moda.

VI.SITA.—¿Y van en mallot?

DORA.—Van en mallot a todas partes. ¡Anda, pero si el domingo pasado quisieron ir a misa en mallot!...

MARQUÉS.—Gracias a que una llevaba calabazas y no la dejaron entrar.

FEFÉ.—Ella alegaba que los peregrinos también las llevan.

VISITA.—¡Qué ocurrencia! ¡Qué niñas tan calabaceras!

MARQUÉS.—Bueno, Visita, pues ponga usted su telefonema, que nosotros nose llevamos a los niños y el equipaje...; y luego, ya la ve usted, bien cerca está la casa...

VISITA.—Sí, sí, marqués, encantadísima; muchas gracias; no tardaré nada...

DORA.—Vamos, niños.

TITÍN.—Adiós, mamá.

NENÉ.—Hasta luego, mamá.

VISITA.—Que sean buenos, Mary; hasta pronto, hijitos.

MARQUÉS.—Ahí tiene usté la oficina de teléfonos.

VISITA.—Gracias, gracias, marqués... Agradecidísima, marqués. Es usted tan afable como endeble..., digo, como amable. Hasta ahora, marqués. Adiós, marqués. (*Vase a teléfonos. Los demás, por la derecha.*)

ESCENA XIII

PORRAS

PORRAS.—(*Triunfal.*) Bueno, me conchavo con el demonio y el demonio no me condimenta una venganza más sabrosa y más terrible... Porque esto que se me ha ocurrido es de una crueldad que Pedro Botero resulta un niño de primera comunión comparao conmigo... ¡Ah, sí!... (*Con ferocidad.*) ¡Todo el ridículo, todos los celos!... ¡Sí, los celos!... ¿Pa qué vamos a andar con pamplinas?... Todos los celos negros, amargos, que me habéis hecho pasar me los voy a cobrar con usura. ¡Ay de ti, Marculeta! Claro que a esta pobre señora le voy a dar un disgusto como pa que la escayolen...; ¡pero la pasión arrastra, y el odio que les tengo me envenenaría el corazón si yo no me vengase! ¡Y no hay más! ¡Caiga el que caiga!... ¡Ay de vosotros!... ¡Ella! ¡Animo!

ESCENA XIV

PORRAS y VISITA.

VISITA.—(*De teléfonos.*) Me iré por aquí, que es más corto, para...

PORRAS.—(*Llamándola.*) Visita, amiga Visita...

VISITA.—¿Quién? (*Reparando en él.*) ¡Caramba, Porras! ¿Usted aquí?... (¿Qué querrá este bicho?)

PORRAS.—Sí, señora, donde haya un poco de expansión y alegría, ya se sabe.

VISITA.—Sí, ya se sabe: el indispensable Porras. ¿Y qué, cómo ha encontado usted alojamiento?

PORRAS.—Por un verdadero milagro.

VISITA.—Sí, porque andan por las nubes... Ya habrá usted sabido lo de los Moscosos; ya ve usted, un apellido tan sonado, pues están alojados en casa de un pescador.

PORRAS.—Sí, y que haya ido a parar a casa de un pescador el padre, que siempre ha sido un atún, era de esperar.

VISITA.—Sí, es verdad, pero las chicas tan monísimas... Como que creo que al pescador que las tiene le llaman el pescador de perlas.

PORRAS.—También le hubiesen podido llamar el pescador de caña, porque hay que ver la mayorcita de larguirucha...

VISITA.—(*Riendo.*) ¡Ay, Jesús, este Porras, qué maldiciente! Bueno, pues amigo mío... (*Tendiéndole la mano para despedirse.*)

PORRAS.—(*Sin darle la mano.*) No, perdone usted, amiga Visita; la ruego que no se vaya todavía.

VISITA.—(*Con extrañeza.*) ¿Pues?...

PORRAS.—¡Usted se pensará lo menos, señora, que este encuentro nuestro ha sido casual?

VISITA.—Naturalmente. ¡Cómo no va a serlo, si yo acabo de llegar y no sabía que usted!...

PORRAS.—(*En un tono grave y misterioso.*) Pues no lo es.

VISITA.—¡Caramba, amigo Porras! Ha dicho usted un "no lo es" en un tono tan..., vamos, que si se lo oigo a Rambal me impresiona menos.

PORRAS.—No es casual el encuentro, amiga Visita, porque yo hace un momento, desde que estaba usted departiendo alegremente con los Navachescas, que la estoy esperando.

VISITA.—¿A mí?... ¿Esperándome a mí? ¿Para qué?

PORRAS.—Para enterarla a usté de algo que la interesa profundamente, señora.

VISITA.—¿Que me interesa?... ¡Porras, ese tono!... Me va usted alarmando por momentos.

PORRAS.—(*Fingiendo emoción.*) No sabe usted, amiga Visita, cuánto siento conturbar la noble alegría que la animaba a usted y a sus bellos hijos, recién llegados a esta localidad.

VISITA.—¡¡Porras!!...

PORRAS.—No sabe usté cuánto deploro yo clavar en su corazón de esposa amante una tan amarga cuan larga espina.

VISITA.—¿Tan amarga cuan larga?... Bueno, amigo Porras, si no me quiere usted ver con erisipela, explíquese pronto, porque no sé qué tragedia me anuncian sus palabras, lentas y puntiagudas.

PORRAS.—Visita, acaba usted de ponerle un telefonema a su marido, ¿no es cierto?

VISITA.—(*Con inquietud.*) Sí, señor.

PORRAS.—Bueno, pues no lo recibirá.

VISITA.—(*Alarmada.*) ¿Eh?... ¿Qué dice usted?

PORRAS.—Que no lo recibirá, porque su marido está aquí.

VISITA.—¿Aquí?

PORRAS.—Aquí.

VISITA.—¿En el hotel?

PORRAS.—No, señora.

VISITA.—¿En casa de algún amigo?

PORRAS.—Tampoco. Su marido de usted, Visita, está... (*Se detiene como asustado.*)

VISITA.—¿Dónde?...

PORRAS.—(*Misteriosamente.*) En un sitio que sólo se puede decir en voz baja.

VISITA.—¿En voz baja?... ¡No comprendo!... ¡Como no sea!...

PORRAS.—Y no sabe usted cuánto siento ser yo el que amargue con esta mala noticia la alegría de su corazón.

VISITA.—Por piedad, Porras, por piedad. ¿Dónde está mi marido?... ¡Pronto!... ¿Dónde está? ¡Que me muero de angustia!...

PORRAS.—Pues su marido de usted, mi desgraciada amiga, está... ¡Está en la cárcel!

VISITA.—(*En el colmo del terror y del espanto.*) ¡¡Jesús!! ¿Qué dice usted? ¡Pero usted está loco!...

PORRAS.—¡No, señora, se lo juro!... Está en la cárcel.

VISITA.—(*Desesperada.*) ¿Pero mi marido en la cárcel? ¿Por qué?

PORRAS.—Le han detenido esta mañana. Se lo han llevado dos parejas, y la suya, tres.

VISITA.—¿Pero por qué, Dios mío, por qué?... ¡Que yo me vuelvo loca!... ¿Por qué está mi Pepe en la cárcel? ¿Ha regañado con alguien? ¿Ha atropellado a alguien? ¡Dígamelo usted todo, Porras; dígamelo todo, por Dios!...

PORRAS.—No es por nada deshonroso, señora; ese consuelo le cabe a usted.

VISITA.—Entonces ¿qué delito es el suyo para que se lo lleven tres parejas?

PORRAS.—Un delito político.

VISITA.—¿Político?... ¡Pero si él nunca!...

PORRAS.—Ha escrito un folleto insultando a altas personalidades políticas, nacionales y extranjeras.

VISITA.—(*Como reflexionando.*) ¡Ahí, sí! ¡Ahora caigo! Ya sé entonces lo que eran esos papelitos que yo le sorprendía escribiendo algunas veces y que él rompía para que yo no los leyera.

PORRAS.—Usted no sabe cómo ha puesto a Chicherín...: de tonelero pa abajo...

VISITA.—¡Jesús!... Tonelero... ¡Lo deportan a Cuba!

PORRAS.—Y a Valdemaras le ha llamao Valdepeñas.

VISITA.—Pues se ha jugado el pellejo.

PORRAS.—Y yo, amiga Visita, me temo que el pobre Marculeta tiene cárcel pa seis u ocho años.

VISITA.—¿Para seis u ocho años?... (*Desesperada.*) ¡Ah, no, no, de ninguna manera!... ¡Ocho años mi Pepe preso! ¡Ah, no, no! Yo revuelvo el mundo. ¡Yo me voy a echar a los pies del presidente, yo voy a implorar su clemencia! Yo le telegrafío a Chicherín para que le pida al rey que lo perdonen... ¡El, preso! ¡Mi marido en un calabozo hediondo, entre forajidos y criminales, comido de ratas!... ¡Con lo que le asustan! ¡Picado de arañas!... ¡Ah, no, no! ¿Dónde vive Chicherín?

PORRAS.—No sé; yo lo preguntaré.

VISITA.—Porque también voy a escribirle implorando su misericordia.

PORRAS.—¡Pero, amiga Visita!...

VISITA.—¡Ah, sí, sí!... Es mi deber, y lo cumpliré heroicamente. Y además ahora mismo voy a recorrer todos los casinos y círculos de este pueblo.

PORRAS.—¿Pero para qué?

VISITA.—Para reclutar gente..., para organizar una manifestación, para que miles de personas me sigan hasta la cárcel, pidiendo a gritos la libertad de mi inocente esposo: "Libertad para Marculeta." Sí, sí, y sobre las cabezas de la multitud ondearán estandartes y banderas con letreros que imploren "Libertad para Marculeta". (*A grandes voces.*)

PORRAS.—(Dios mío, la que va a armar esta señora.) Pero, amiga Visita...

VISITA.—¡Ah, sí, sí! Cumpliré mi deber como una heroína, como una mártir... ¡Pepe, Pepe mío, yo te salvaré!... ¡Pepe, Pepe mío!

PORRAS.—¡Por Dios, señora, no grite usté, que la cárcel está muy lejos!

VISITA.—Pues a ella corro para sacarlo... Y si no puedo entrar, la asaltaré, y si no puedo asaltarla, limaré los hierros de sus rejas hasta arrancar de sus obscuras mazmorras a un inocente.

PORRAS.—¡Por Dios, Visita, cálmese usté!

VISITA.—No, no puedo. Yo ya no me calmo hasta que lo vea en libertad. Yo, hasta que rescate a ese infeliz de su cautiverio, ya no dejaré de gritar: "Libertad para Marculeta. Libertad para Marculeta.." (*Siempre a gritos.*)

ESCENA XV

DICHOS, MARY, NENE, TITIN, de la derecha.

NIÑOS.—(*Al verla exaltada.*) ¡Mamá, mamá! ¿Pero qué te pasa?

VISITA.—¡Hijos, hijos míos!... ¡Llorad vuestra desgracia! ¡A vuestro padre, a vuestro inocente padre, lo han metido en la cárcel!

MARY.—¡Dios mío!

NENÉ.—¡Jesús!

TITÍN.—Papá en la cárcel.

NIÑOS.—¡Ay, papá! ¡Ay, mi papá!

VISITA.—(*Heroica.*) ¡Hijos míos, cogeos de mis manos!... (*Los coge.*) Y que el cuadro dolorido de una afligida esposa y de unos hijos implorantes ablanden el corazón de sus opresores. Vamos a la cárcel, hijos míos; vosotros vertiendo lágrimas, yo gritando hasta enronquecer: ¡Libertad para Marculeta! (*A Porras.*) ¿Dónde vive Pío undécimo, me hace usted el favor?

PORRAS.—Si no se ha mudao, creo que en el Vaticano.

VISITA.—¡¡Libertad, libertad para Marculeta!!

(*Por todos los términos libres han ido saliendo todos los transeuntes que empezaron el acto, y con ellos el Padre, el Marido, con sus respectivas familias y con los equipajes correspondientes.*)

TRANSEUNTE.—¿Qué le pasa a esta señora?

VISITA.—¡Ah, vosotros todos, si sois amigos de las causas nobles, seguidme a la cárcel, gritando como yo grito: ¡Libertad para Marculeta!

PADRE.—Sí, hombre. ¡Qué trabajo nos cuesta!... Además, no tenemos donde meternos...

MARIDO.—Pues claro, ¿por qué no complacerla?...

TODOS.—(*La siguen en manifestación gritando.*) "¡Libertad para Marculeta! ¡Libertad para Marculeta!"

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una gran sala de la cárcel. Al foro, una puerta con reja de hierro que sirve de entrada. A la izquierda, tres celdas, cuyas puertas, como todas las demás, abren hacia la escena y tienen cada una un ventanillo por el que puede sacarse la cabeza cuando lo indique el diálogo. A la derecha, en segundo y tercer término, otras dos celdas. Todas estas celdas, en número de cinco, estarán numeradas con números cualesquiera. En primer término derecha, una puerta sin número, y delante de ella, una amplia jaula de barrotes de hierro, a la que se entra por la indicada puerta, y que constituye el locutorio. Este locutorio avanzará bastante en la escena, con el objeto de que los personajes que en él se hallen sean bien vistos desde todas las localidades del teatro. Todas las celdas llevan su correspondiente cerradura y cerrojo. Sirve de forillo a esta prisión un obscuro pasillo con dos ventanas provistas de barrotes de hierro, por las cuales se ve, o se supone que se ve, la calle. Las celdas serán ocupadas, cuando el diálogo lo indique, en la forma siguiente: Marculeta, la primera izquierda; Alvaro, la segunda; Tula, la tercera; Celia y Mimí, la segunda derecha, y Gorostiza, la tercera del mismo costado. La jaula locutorio estará cerrada por todas partes, teniendo como único acceso la puerta indicada. Es de día. Al empezar la acción hay en escena una mesita con un gramófono, otra ídem con viandas y botellas y algunas sillas.

ESCENA PRIMERA

TULA, CELIA, MIMI, MARCULETA, MATURANA, GOROSTIZA, ALVARITO, EL MANOTAS y EL RESPONSO. (Los dos últimos, tipos de ladrones.) Maturana lleva gorra de uniforme con galones dorados y escudo.

(*Al levantarse el telón aparecen todos alrededor de una mesuca baja, aparada con mantel ordinario, llena de copas de champagne y botellas de ídem. Han terminado de comer y están en plena juerga. El Manotas toca la guitarra y Alvarito baila unas soleares, entre las palmas y oles de todos los demás.*)

UNOS.—(*Al terminar el baile.*) ¡Olé!

OTROS.—¡Bravo!

OTROS.—¡Muy bien!

RESPONSO.—¡Muy bien por el pollo!

MANOTAS.—Mejó que una zeñorita...

ALVARITO.—¡Y venga una copa, que me la he ganao!

MIMÍ.—(*Subida en un taburete y con una copa en la mano.*) ¡Y yo brindo por que la viuda de *Clicot* no se vuelva a casar hasta que se le acabe el champagne!

TODOS.—¡Olé!

RESPONSO.—¡Cómo bebe!

MANOTAS.—¡Mejó que un zeñorito!

TULA.—¡Ten cuidao, que te caes, Mimí!

MIMÍ.—¡Venga otra copa!

MARCULETA.—¡Bueno, pero pie a tierra! (*La baja del taburete.*)

GOROSTIZA.—¡Y deja a la viuda, que te veo dándola el pésame!

ALVARITO.—Parece mentira que alegre tanto una señora de luto, ¿eh?

MATURANA.—¡No bebas más, que la coges, niña!

CELIA.—Manotas, ande con una copita.

MANOTAS.—No me gusta el champán, zeñora.

TULA.—¿Por qué?

MANOTAS.—Porque es un vino que no ze sujeta. Ze lo bebe uno y cuando está más tranquilo ze le güerve a zalí... por narices y too...

RESPONSO.—Nosotros, cosas de asiento: ron, matarratas, ginebra...

MARCULETA.—Bueno, anda, pues coge la guitarra, Manotas, y vamos con una copla.

ALVARITO.—¿La canto yo?
GOROSTIZA.—No, que la cante Tula.
TODOS.—¡Tula, Tula!
TULA.—¿Queréis cambiar de grillo?... Pues allá va. (*El Manotas toca. Tula canta.*)

Pulidita carcelera,
sácame de esta prisión.
Te daré el anillo de oro
que me dió el bien de mi amor.

TODOS.—¡Olé!
MARCULETA.—¡Ahí estilito!
MATURANA.—¡De primera!
ALVARITO.—Ahora canta tú una, Responso.
RESPONSO.—Yo no zé más que cozas triztes.
MIMÍ.—Anda, que alguna alegre sabrás.
RESPONSO.—Zí, ya m'acuerdo de una alegre.
TODOS.—A ver, a ver.
(*Toca el Manotas. Canta el Responso con voz cavernosa.*)
RESPONSO.

Veinticinco calabozos
tiene la cárcel la Utrera;
veinticuatro llevo andaos
y el máz ozcuro me queda.
¡¡Ay, ay, ay, ayayayayay!!

MARCULETA.—¡Hombre, sí que es alegre, caramba!
RESPONSO.—Me la aprendí de un compañero que tuve en Ocaña. Se llamaba "el Barramba". ¡Aquello sí que era un ladrón! ¡Qué tío robando! Y sin prezumir, sin orgullo, sin naa!...
TULA.—Cantas muy bien, Responso.
RESPONSO.—Regular...
ALVARITO.—Oye, Responso, y a ti ¿por qué te llaman Responso?
RESPONSO.—Pos porque mi padre era zepulturero; mi madre, de Cadalzo de los Vidrios, y a mí, de que comencé a piravear, me dió por el timo del entierro.
MARCULETA.—Robarías de lujo.
RESPONSO.—Y de color; y es que ya de chico, como vivía en el cementerio, me entretenían mucho los entierros.
TULA.—¡Jesús!
RESPONSO.—¡Lo que yo gozaba cuando había pidemia!
CELIA.—¡Caray, qué animal!
RESPONSO.—La gripe me tie hecho pasar más güenos ratos!...
TULA.—Y tú, Manotas, ¿por qué estás aquí?
MANOTAS.—Poz mizte, zeñorita, se lo diré a uzté en un cantar. (*Recitándolo.*)

Gitano, ¿por qué vas preso?
Zeñó, por coza denguna;
porque he cogío un ramá
y etrá ze vino la mula.

TODOS.—¡Olé!

GOROSTIZA.—¡Muy bien!

MIMÍ.—¡Muy salao!

MARCULETA.—Bueno, Tulita, yo he cenao como un tigre; ¿y tú, cielo?

TULA.—En mi vida me podía yo figurar que en la cárcel se divirtiera una tanto! (*Enciende un pitillo.*)

GOROSTIZA.—Esto de constituirnos en prisión ha sido una idea genial, Marculeta.

ALVARITO.—(*A Mimí, queriendo abrazarla.*) ¡Ven acá, gloria!

MIMÍ.—Oye tú, niño; poquitas libertades, que estamos en la cárcel.

MATURANA.—O te estás quieto o te incomunico.

TULA.—¡Mételo en una celda de castigo!

MIMÍ.—(*Dando un grito espantoso.*) ¡¡¡Ay!!!... (*Se sube a un taburete y se recoge todavía más las faldas.*)

TODOS.—¿Qué es?

MIMÍ.—¡Una rata, una rata!

TULA. } (*Dando otro grito.*) ¡¡Ay!! (*Se suben a otro tabu-*
CELIA. } *rete y se remangan también.*)

GOROSTIZA.—¿Pero dónde está?

MIMÍ.—¡Mírala! (*Una rata atraviesa la escena de izquierda a derecha.*)

MARCULETA.—¡Quitarse, que la pegue un tiro!

RESPONSO.—¡No, por Dios, que es Paquita!

MARCULETA.—¿Cómo Paquita?

MANOTAS.—Una rata que la tenemos domesticá y la llamamo azín.

RESPONSO.—Es madre de familia. Ahora zaldrán los trez ratonez.

TULA.—¡No, por Dios!

MIMÍ.—¡Que no salgan!

CELIA.—¿Y tiene marido?

RESPONSO.—¡Ze ha queao viuda, de resultas de un gato!

MARCULETA.—Bueno, señores, yo creo que ahora lo que procede es que pongáis al gramófono un disco de chotis pa ir haciendo la digestión.

ALVARITO.—Ya está dicho. Hale. ¡El chotis!...

TODOS.—Duro con él. (*Alvarito pone el disco. El gramófono*

rumor lejano de voces que gritan.)

VOCES.—"¡Libertad para Marculeta!"

TULA.—¿Oís? ¿Qué es eso? (*Dejan de bailar. Para el gramófono.*)

GOROSTIZA.—No sé. Callarse...

ALVARITO.—Parece una manifestación.

VOCES.—(*Desde fuera y perfectamente claras.*) "¡Libertad para Marculeta!"

MARCULETA.—¡Caray! ¿Pero qué gritan?

MATURANA.—¿Habéis oído?...

TULA.—A mí me ha parecido que decían...

VOCES.—(*Desde fuea y perfectamente claras.*) "¡Libertad para Marculeta!"

MARCULETA.—¡Mi madre!... ¡Libertad para Marculeta!... Pero ¿por qué gritan eso? (*En la calle sigue el confuso rumor de una multitud.*)

GOROSTIZA.—(*Que ha subido al foro y mira por las ventanas.*) Callarse, que, efectivamente, es una manifestación.

ALVARITO.—Pero una manifestación, ¿por qué?

GOROSTIZA.—¡Y han parado frente a la cárcel!

MATURANA.—¡Dios santo, ¿qué será esto?... ¡Yo voy a ver!...

ESCENA II

DICHOS y BENIGNO el carcelero, con gorra de uniforme menos galoneada que la de Maturana.

BENIGNO.—(*Que viene corriendo, sonando exageradamente un gran manojo de llaves.*) ¡Señor director, señor director!

MARCULETA.—(*Aterrado.*) ¿Qué pasa, Benigno?

BENIGNO.—¡Una cosa gravísima!

TODOS.—¿Qué es?

BENIGNO.—Amos, que horrorísima. Misté que temblor traigo en las llaves.

MATURANA.—Bueno, ¿pero qué es?

BENIGNO.—Pues naa, que acaba de llegar a la puerta de la cárcel una ma... ma..., una manifestación nu... me... me... rosísima y de la cu... cu..., y de la cual s'ha destacao una señora guapísima y elegantísima, agarrá de la mano de tres niños llorosísimos y afligidísimos, amos, que pa mí que tristísimos, diciendo que quien ver a uno de los reclusos detenidos ayer!

MARCULETA.—¿A uno de los reclusos?

BENIGNO.—Clusos...

GOROSTIZA.—¿Detenidos ayer?

BENIGNO.—Ayer.

MATURANA.—¡Dios mío! ¿Quién será?

ALVARITO.—¡Ay, que esto me alarma!

MATURANA.—¿Y tú qué has dicho?

BENIGNO.—Pues yo, siguiendo las "instrucciones" de usté, la he dicho que las visitas han de ser de ocho a diez.

MATURANA.—¿Y qué te ha dicho?

BENIGNO.—Que ellos no son más que cuatro, pero que tienen derecho a entrar, y me ha dao esta tarjeta pa que se la pase a usté.

MATURANA.—A ver. (*La lee y se queda aterrado.*) ¡Jesús!... ¡Santo Dios!...

MARCULETA.—¿Pero qué es?

MATURANA.—Estamos perdidos... ¡Mira! (*Le da la tarjeta.*)

MARCULETA.—(*Leyéndola.*) ¡Mi madre! (*Cae sobre un taburete como desvanecido.*)

TODOS.—¿Tu madre?

MARCULETA.—¡¡Mi mujer!!... (*Leyéndola.*) "Visita La casa de Marculeta, Ave María Purísima, 37, principal..." ¡Mi mujer!... (*Se le cae la tarjeta de la mano.*)

GOROSTIZA.—¡Jesús!... ¡Tu mujer aquí!

TULA.—¡Qué espanto!

MIMÍ.—¿Y qué hacemos?

ALVARITO.—¿Por dónde se huye de esta cárcel?

MARCULETA.—¡Dios mío!... ¿Pero cómo mi mujer aquí?... ¿Quién le ha dicho que yo...?

MATURANA.—¡Santo Dios, qué compromiso!

TULA.—¡Vámonos! Vamos por las maletas. (*Corren cada uno a su celda.*)

MATURANA.—No, por Dios, calma, calma. (*Se detienen todos.*) Que salir de aquí como huídos, con una manifestación a la puerta, sería peligrosísimo.

GOROSTIZA.—Podría creer la gente que era una evasión.

MARCULETA.—Bueno, vamos a ver; serenidad, serenidad. ¡Tener serenidad, como yo! (*Tiembla como un azogado.*) ¿Dices que esa señora viene llorando?

BENIGNO.—¡Con dos niñas afligidas y un niño llorón!

MARCULETA.—¡Mis hijos! ¿Y han dicho qué querían?...

BENIGNO.—Comunicar con el recluso José Marculeta Pérez. Yo le dije que antes tendría que ver al señor jefe, y me dijo que si no la dejan entrar sola, que vendrá con el abogao defensor.

MARCULETA.—¡Mi madre!... ¡Ya me lo ha buscao!

MATURANA.—¡Ay, qué compromiso! (*Suena dentro una campana.*)

MARCULETA.—¡Ella!... ¡Ella, que se impacienta!

TULA.—¡Ay, vámonos a escape! (*Vuelven a correr hacia las celdas.*)

MATURANA.—¡Que digo que ahora no es posible, señoras, calma. (*Se detienen de nuevo.*)

MARCULETA.—Bueno, ¿y qué debemos hacer, Maturana?

MATURANA.—Nada; creo que lo mejor es que yo hable con tu mujer. Indudablemente le han dicho, yo no sé con qué propósito, que estás preso; de modo que lo conveniente es fingir una detención, y evitar, por de pronto, que se descubra la verdad, porque si se descubre, voy a presidio...

MIMÍ.—¡Qué horror! ¡Por una broma! (*La campana suena de nuevo.*)

MARCULETA.—¡Ella otra vez! (*Vuelven todos a iniciar la fuga.*)

MATURANA.—¡Quietos!... Yo la hablaré primero a ver por dónde respira... Tú, mientras, te vistes de un modo triste, carcelario... te despeinas, te...

MARCULETA.—Sí, sí; ya entiendo. Me caracterizaré de presidiario.

MATURANA.—Yo te diré por qué cree ella que estás preso y la urdes una historia. Vosotros, cada uno a su celda, que voy a encerraros. (*Marculeta se mete en su celda, primera izquierda. Manotas y Responso retiran y se llevan la mesa y las botellas. Alvarito se lleva el gramófono.*)

TULA.—¡Ay, pero eso... eso ya me da miedo!

MATURANA.—Son unos momentos, nada más. ¡Por Dios, salvadme, que si no es mi ruina!

GOROSTIZA.—Sí, sí... Vamos. (*Se meten en las celdas. A poco, cada uno saca la cabeza por el ventanillo.*)

MATURANA—Y yo mientras voy a hablarla, a ver qué me dice. (*Mutis por la reja del foro.*)

ALVARITO.—(*Todos desde su ventanillo.*) ¡Huy, qué calabozo más obscuro me ha tocao!

TULA.—Bueno, ¿pero nosotros nos podremos ir en seguida de la cárcel? ¡Que yo ya tengo miedo de estar aquí!

GOROSTIZA.—Sí, mujer; en cuanto esta señora se explaye y sepamos a qué atenernos, nos vamos.

CELIA.—¿Dónde estáis, que no os veo?

ALVARITO.—Yo en un calabozo que tiene una tela de araña, que parece un chal.

MIMÍ.—¡El mío es de una hediondez que aterra!

TULA.—¡Ay, que a mí ya me va dando miedo esto!...

ALVARITO.—A ver si nos complica y de una broma...

CELIA.—¡Calla, por Dios!

MATURANA.—(*Que vuelve a entrar.*) ¡Silencio, que ya sube!... (*Llamando en la celda de Marculeta.*) ¡De prisa, Marculeta, que vienen!

MARCULETA.—(*Saliendo de la celda vestido con un pijama a rayas y un gorro blanco de los llamados yanquis, despeinado y pálido.*) ¡Bueno, yo creo que me he caracterizado, que ni Borrás!

MATURANA.—Admirablemente.

MARCULETA.—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

MATURANA.—Que sabe que estás preso por un asunto político...

MARCULETA.—¡Atiza!... ¡Un asunto político!... ¿Y quién le ha dicho esa bola?

MATURANA.—Eso no lo sé; ¡pero jura que ella te salvará!... y se me ha puesto de rodillas, anegada en lágrimas. Los niños, llorando, se me han agarrado a las piernas, y todos a una me suplicaban que los dejase hablarte, verte, besarte... ¡Chico, un cuadro desolador!

MARCULETA.—¡Maldita sea!...; pero ¿quién habrá sido el miserable que ha metido ese bulo?

MATURANA.—No sé. Yo, por si podía alejarla, le dije que estabas incomunicado, pero me aseguró que si no te veía, iba a telegrafiarle al ministro!...

MARCULETA.—No, por su salud... que no le telegrafíe a nadie; que me veo en el Penal del Dueso.

MATURANA.—He fingido darla un permiso especial y ahí espera. Tú lo que debes hacer, es convencerla de que sólo se trata de una detención de dos días; que se marche, que no se mueva, que no le pida a nadie; porque si esto trasciende, es mi ruina. Marculeta, compréndelo.

MARCULETA.—¡Descuida!... ¡Yo te salvaré!... Dila que pase y ríete de Zacconi. (*Se revuelve los pelos y vase de nuevo a su celda.*)

MATURANA.—(*En voz alta al carcelero, que ha aparecido en la puerta del foro un momento antes.*) Que pase al locutorio doña Visita Lacasa.

(*Mutis el carcelero para salir acompañando, por el primer término de la derecha, a doña Visita y los niños.*)

BENIGNO.—(*Haciendo sonar exageradamente las llaves.*) Pase por aquí.

VISITA.—(*Con acento dolorido y seguida de los niños, que entran aterrados mirando con espanto a un lado y a otro.*) Guíeme, cancerbero. (*Entran todos en la jaula.*)

BENIGNO.—(*Sonando las llaves.*) Carcelero, señora.

VISITA.—Bueno, lo mismo da, carcelero. Pasad, hijos míos, pasad a este lugar siniestro.

NIÑOS.—(*Aterrados.*) ¡Qué miedo, mamá!

VISITA.—Yo también tengo miedo. ¡Es la primera vez que entro y me encuentro dentro de un antro de este jaez!

BENIGNO.—(*Que en cuanto dejó a doña Visita en el locutorio hizo mutis para volver a salir por la puertecilla del foro. Abriendo con una llave muy gorda la celda que ocupa Marculeta y gritando.*) Visita para el penado José Marculeta Pérez.

VISITA.—(*Llorando.*) ¡Ay, penado!... Le llaman penado a papá, hijos míos!

NIÑOS.—(*Llorando.*) ¡Papá, penado!... ¡Penado, papá!

MARCULETA.—(*Sale con aire trágico.*) Presente. (*Queda a la puerta de la celda con los ojos bajos.*)

VISITA.—¡Miradle al infeliz!... ¡Humillado ante sus sayones!

NIÑOS.—¡Papá!

BENIGNO.—(*Con voz severa.*) Comunicación. Diez minutos de locutorio.

MARCULETA.—(*Avanzando hacia la reja en un impulso dramático.*) ¡Visita!... ¡Visita de mi alma! ¡Hijos míos!

VISITA.—¡Pepe!... ¡¡Pepe mío!!...

NIÑOS.—(*Llorando.*) ¡Papá!... ¡Papaíto rico! (*Se estrechan y se besan las manos con efusión dramática unos y otros, se acarician, se estrujan a través de la reja, llorando todos amargamente.*)

VISITA.—¡Besad, besad las manos de este mártir!

MARCULETA.—¡Ah, no, no puedo!... ¡Por Dios, no lloréis, que me asesináis!... ¡No lloréis!—En la reja de la cárcel—no poneros a llorar—; ya que no me quitéis penas..., no aumentármerlas, os lo suplico. (*Aparte.*) Si no desfiguro el último verso, les largo la copla entera.

VISITA.—¡Pero, Pepe!... ¡Pero, Pepe mío, ¿qué ha sido esto?

MARCULETA.—¡Ah, no, no, no me preguntes nada; las lágrimas no me dejan, las palabras se me entrecortan, los sollozos me ahogan!... ¡Ah, no, no, no puedo decirte nada; no puedo, no puedo!...

VISITA.—¿Pero cuándo te han detenido, dónde te han detenido, quién te ha detenido?...

MARCULETA.—¡Ah, no, Visita, no!... No me preguntes nada. La vista se me nubla. ¡La emoción no me deja; no puedo, no puedo!

VISITA.—¡Pero tú, Pepe mío, ¿por qué te metes a escribir folletos políticos?

MARCULETA.—No sé, no sé...; es que hay días que le da a

uno por los folletos, sin saber por qué... ¡Impulsos trágicos, de origen desconocido y telúrico! Además..., yo no podía consentir que la inquietud latente en las multitudes de todos los pueblos del planeta, condensación de injusticias milenarias, no tuviese al fin un eco resonante en las esferas, en los nuevos mundos, en los mundos gráficos, positivos y categóricos del derecho universal... Mira esa estampa... (Me he metido en la prensa gráfica.) Esa estampa de miseria en el proletariado del planeta... ¡Quién permanece insensible a su doloroso plasticismo misérrimo!... ¿Que sufro yo?... ¡Y qué me importa!... Sobre las almas que se holocaustan en sacrificio perenne al bien de las multitudes se fundan los derechos universales y humanos, que manumitirán a los pueblos en lo devenir.

VISITA.—¿En lo de venir quién?

MARCULETA.—¡Ah, no! ¡No me preguntes nada! El sacrificio me exalta, la pasión me eleva... Cumplí mi deber y heme aquí holocaustado al sacrificio universal. ¡Nada más!

VISITA.—¡Ay, Pepe, qué bien hablas!... Oyéndote a ti ya no le importa a una pasarse la vida con grillos...

MARCULETA.—¡Gracias, Visita, gracias! Pero ¿a qué grillos te refieres?

VISITA.—¡A los grillos férreos!

MARCULETA.—Creí que te referías a los ortópteros.

VISITA.—Bueno, Pepe, ¿y tienes muchas ratas en el calabozo?

MARCULETA.—¡A miles...

VISITA.—¡Qué horror!

MARY.—¡Con el miedo que te dan, papá!...

MARCULETA.—Todos los sacrificios, hija mía, los holocausto.

MARY.—Sí, pero las ratas...

MARCULETA.—Las holocausto también, hija mía.

VISITA.—Bueno, y además de holocaustarlas, ¿por qué no las echas un gato?

MARCULETA.—¡Aquí no dejan!

NENÉ.—¡Ay, papaíto, qué miedo!... ¡Por allí se ha asomado un preso! (*Ha sacado la cabeza por el ventanillo Alvarito. Según llegan las frases se asoman todos.*)

MARY.—Es un presito muy guapo.

NENÉ.—¡Va muy bien peinado!

MARCULETA.—Pues es un descuidero.

TITÍN.—¡Ay!, y si pasamos cerca ¿nos quitará algo?

MARCULETA.—Es posible. ¡Abróchate, hijo mío!

NENÉ.—¡Qué miedo!

VISITA.—¡Y, mirad, se asoman otros presos; pobrecitos!

NENÉ.—¡Y hay mujeres!

MARY.—Una lleva rimel, mamá.

VISITA.—Lo habrá robado. Me parece que a esa ladrona la he visto yo en la perfumería Gal.

MARCULETA.—Bueno, Visita, y dime, hija, dime antes que se acabe la comunicación: ¿quién ha sido el cariñoso amigo que te dió la primera noticia de mi encarcelamiento?

VISITA.—Pues verás; cuando yo, llena de alegría, acababa de llegar con los niños, di primeramente las gracias a los Navachescas por el hospedaje que nos ofrecían, y fuí a teléfonos para darte rápida la grata sorpresa, y entonces me encontré a Porras, y Porras fué.

TODOS.—(*Desde sus ventanillos.*) ¡Ladrón!

(*Los niños se asustan y se agarran a su madre.*)

VISITA.—¡Ay! ¿Qué dicen?

MARCULETA.—Nada, que llaman a un compañero; no asustaros.

MARY.—¡¡Qué miedo!

MARCULETA.—¿De modo que ha sido ese miserable el que...?

VISITA.—Por Dios, Pepe, no le ofendas, que nunca le pagaremos lo que está haciendo por ti.

MARCULETA.—¿Que no se lo pagaremos?... ¡No se lo hemos de pagar! En cuanto yo me vea libre, Porras cobra, ¡vaya si cobra!

VISITA.—El ha sido el que me impidió venir ayer hasta tener organizada la manifestación *pro presos*, que ha venido acompañándome hasta la cárcel. El ha sido el que ha telegrafiado al ministro de Justicia...

MARCULETA.—¡Cielos!... ¿Pero ha telegrafiado al ministro?

VISITA.—¡Poniéndole como un trapo por tu detención!

MARCULETA.—¡Asesino!... ¡Quiere perderme!

VISITA.—¡Y además el mismo Porras me ha sugerido un proyecto magnífico para salvarte.

MARCULETA.—¿Cuál?

VISITA.—(*En voz baja y por el carcelero.*) ¿Se ha dormido ese hombre?

MARCULETA.—Sí.

VISITA.—Pues toma este pañuelo y este frasco y cloroformízale.

MARCULETA.—¡Mi agüela!... ¿Y es eso lo que te ha sugerido Porras?

VISITA.—¡Tápale las narices!

MARCULETA.—¡Pero, mujer, no comprendes que un hombre tan narigudo con este pañuelito...!

VISITA.—¡Bastan tres segundos. Luego le quitas las llaves, yo entro en tu celda, me desnudo, te doy mi ropa y, disfrazado de mujer, huyes con los niños a la Argentina!

MARCULETA.—(Bueno, a ese Porras lo mato yo en Santa Fe de Bogotá.)

VISITA.—Yo me quedaré en tu lugar. He jurado que te salvo, y te salvo.

MARCULETA.—¿Pero cómo voy yo a aceptar ese sacrificio?

VISITA.—¡O lo aceptas, o los niños y yo nos quedamos a vivir en la cárcel!

MARCULETA.—No, por Dios, Visita, márchate, que si te quedas agravas mi situación...

VISITA.—¡Nunca!

MARCULETA.—Además que puedes irte tranquila... Mi detención no es posible que sea larga.

VISITA.—Cuanto me digas es inútil... ¡O te fugas o no te abandono!

MARCULETA.—(*Aparte.*) ¡Rediez!..., ¿y qué hago yo?

VISITA.—¡Cloroformiza a ese sicario!

BENIGNO.—(*Que ha fingido el sueño.*) (Que la ha tomao conmigo esta señora.)

MARCULETA.—Pero no comprendes que si me descubren...

BENIGNO.—(*Levantándose y sonando las llaves.*) Terminada la comunicación.

VISITA.—¿Y eso qué quiere decir, que hemos de irnos?

BENIGNO.—No hay más remedio, señora.

MARCULETA.—¡Ya lo oyes, Visita!

BENIGNO.—La visita ha terminado.

VISITA.—No, la visita no ha terminado: la visita empieza ahora... ¡Adiós, Pepe mío! Y puesto que te resistes a mi primer plan, no estarás solo mucho tiempo. ¡Vamos, hijos de mi alma! (*Los coge de la mano.*)

MARCULETA.—¿Pero qué vas hacer?

VISITA.—Ahora verás de qué heroísmo son capaces una esposa amante y unos hijos doloridos.

MARCULETA.—¡Pero, Visita!

VISITA.—Adiós, Pepe; pronto volveremos para no separarnos más.

MARCULETA.—¡Caray! ¿Pero qué ira a hacer esta loca?

TITÍN.—(*Que ha metido la cabeza por los hierros de la verja.*) ¡Ay..., ay!...

VISITA.—¿Qué te pasa?

TITÍN.—Que no puedo sacar la cabeza.

VISITA.—¡Ay mi niño, que se me asfixia. (*Tira de él, ayudada por los demás.*)

MARCULETA.—Ponerle de canto... Anda... Un esfuerzo..., ya. (*Saca el niño la cabeza.*)

VISITA.—Gracias a Dios. ¡Hasta pronto!... ¡Mirad, hijos míos, cuánto pobrecito preso! Saludad a la población penal, de la que pronto formaremos parte.

NIÑOS.—Ustedes lo pasen bien.

TODOS.—¡Adiós, ricos!

VISITA.—Hasta ahora, Pepe...; hasta ahora, señores... ¡Vamos al sacrificio! (*Mutis heroico por primera derecha.*)

MARCULETA.—¡Ay, Benigno!

BENIGNO.—Que si me descuido me cloroformiza. (*Mutis por la puertecilla del foro.*)

MARCULETA.—¡Ay, mi mujer vuelve!... ¡Que la conozco! ¡Ay, mi madre!... ¡Ay, ese ladrón de Porras!

ESCENA III

MARCULETA, MATURANA, ALVARITO, GOROSTIZA, TULA, CELIA, MIMI. Maturana, por el foro, y los demás, por sus celdas.

MATURANA.—¡Ay, Marculeta, que estoy aterrado!

GOROSTIZA.—Telegrafiarle al ministro de Justicia!... ¡Figúrate! ¡Pedirán informes y averiguarán!...

MATURANA.—¡Bueno, yo me veo en presidio!

TULA.—¡Ay, por Dios!

ALVARITO.—Y ha sido el canalla de Porras. (¡Si les digo que se lo he dicho yo, me matan!)

MARCULETA.—¡Porras, que se está vengando de nosotros!

TULA.—¿Lo ves Marcu? ¿No te lo decía yo?... Si se apostó a hacer burradas con un burro y le dejó en quince pa cincuenta...

CELIA.—¡Y que acabe en esto!

TULA.—¡Quia, ese nos la está preparando en gordo!

ALVARITO.—¿Y qué hacemos?

MARCULETA.—¿Que qué hacemos?... Coger el equipaje y salir de aquí a una velocidad que seis rayos parezcan seis tortugas. Nada más.

MATURANA.—Sí, sí, debéis iros en seguida.

TULA.—Pues, hala, cada uno que coja lo suyo.

MATURANA.—Así os ponéis a salvo vosotros y dejáis a salvo

mi responsabilidad. Recoged los equipajes..., poneos los sombreros...

MIMÍ.—Tan contentas como estábamos, quién nos iba a decir que esta broma...

(*Empiezan a hacer lo propuesto entrando cada uno en su celda a recogerlo.*)

ALVARITO.—No quisiera yo más que coger algún día a Porras.

GOROSTIZA.—¡A mí el susto que nos ha dao me lo paga, por éstas!

MARCULETA.—(*Que sale con un largo gabán que le cubre el pijama.*) Bueno, yo ya estoy. Cuando vuelva mi mujer la dices que una orden urgente de libertad.

MATURANA.—Sí, sí; ya justificaré tu ausencia...

MARCULETA.—Y la añades que para evitarme el bochorno de que la gente me considere un licenciado de presidio, la espero en Palancar de Abajo; que vaya a buscarme.

MATURANA.—Sí, andad, andad de prisa... (*Las mujeres, con los espejillos de bolsillo, una se da polvos, y las otras, barrita de labios y de ojos.*) ¡Por Dios, no miraros al espejo, que los momentos son preciosos!

TULA.—(*A Mimí.*) ¿No te dejas nada?

MATURANA.—¡Por aquí!... ¡De prisa!

MARCULETA.—Y adiós, Maturana; gracias por todo, y perdona que...

GOROSTIZA.—Adiós, Maturana; muchas gracias...

ALVARITO.—Y perdona, Maturana...

ESCENA IV

DICHOS y BENIGNO.

BENIGNO.—(*Con más temblor de llaves.*) Señor director, señor director...

MARCULETA.—¡Mi suegra!... ¡El carcelero otra vez!

MATURANA.—¿Qué pasa ahora?

BENIGNO.—Más grave, muchísimo más grave que lo de antes, señor director.

MATURANA.—¿Qué dices?

BENIGNO.—¡Ay, señor director, que esto sí que es grave!

UNOS.—¿Pero qué es?

OTROS.—¿Qué sucede?

BENIGNO.—Pues casi naa... Que acaban de llegar dos señores con una orden telegráfica y urgente pa usté de la Dirección de Penales.

MATURANA.—¡Cielos!

TULA.—¡Jesús!

MARCULETA.—¿Qué podrá ser?

MATURANA.—¡Presumo que estamos perdidos!

BENIGNO.—¡Más que perdidos, porque con los dos señores han venido dos guardias, policías del pueblo, y se han quedado en la puerta de la cárcel, con orden de no dejar salir ni una rata!

TULA.—¡Virgen Santa!

CELIA.—¡Ay, qué horror!

MIMÍ.—¡Ay, Dios mío!

MARCULETA.—¡Eso es Porras, que continúa su venganza!

ALVARITO.—Yo me muero.

BENIGNO.—¿Qué les digo a esos señores?

MATURANA.—¿Qué vas a decirles?... Que pasen. Veamos primeramente lo que quieren. ¡Cada uno a su celda!

TODOS.—(*Protestando.*) ¡Ay, no, no!

MATURANA.—Si no hay más remedio.

TULA.—Y últimamente, ¿por qué no confesamos la verdad y decimos que esto ha sido una broma?

MATURANA.—Sí, y confesáis la verdad y vosotros vais a la calle, pero yo pierdo la carrera y voy a presidio.

MARCULETA.—Tiene razón Maturana. Hay que salvarlo. Calma, serenidad. Veamos qué trae este señor.

MATURANA.—Y en último caso, tiempo habrá de tomar una resoulción heroica. ¡A las celdas!

BENIGNO.—(*Que se marchó, vuelve otra vez corriendo por el foro.*) ¡Pronto, que ya está ahí!... (*Entran todos en sus celdas. y se vuelven a asomar al ventanillo.*)

MATURANA.—¡Ay, Marculeta, que esto me cuesta a mí un disgusto horrible!

MARCULETA.—No temas; mi ingenio es fértil; mis recursos, innúmeros. Yo procuraré salvarte.

MATURANA.—¡Entra y calla!

(*Marculeta se mete en su celda. Entre Maturana y Benigno han encerrado a todos.*)

ESCENA V

DICHOS, SARMIENTO y MARTINEZ.

SARMIENTO.—(*Es un señor de cara fiera, pelo blanco, barba abundante, blanca, y bigote blanco. Habla con tono severo.*) ¿El señor director?

MATURANA.—Presente. Usted me dirá.

SARMIENTO.—Señor director: Tengo el sentimiento de participarle que traigo en la mano una comunicación del señor ministro con la orden de destituirle a usted.

MATURANA.—¿Destituirme a mí?

SARMIENTO.—Martínez, exhíbale la orden. (*Se la da.*)

MARTÍNEZ.—Vea la orden. (*Se la exhibe.*)

SARMIENTO.—Y traigo instrucciones severísimas para que se proceda a la incomunicación de todos los presos que se encuentren en esta cárcel.

GOROSTIZA.—¡Jesús!

ALVARITO.—¡Dios mío!

TULA.—¡Qué horror! (*Se oye llorar a las mujeres.*)

SARMIENTO.—Hagan el favor de callar los reclusos o los meto en celdas de castigo. (*Silencio sepulcral.*) Además, me ordena el señor ministro que no se permita a nadie la salida de esta prisión hasta que yo determine lo conveniente, según resulte de una inspección ocular, a la que voy a proceder inmediatamente.

MATURANA.—Y todo esto, señor inspector, ¿sería indiscreto preguntar a qué obedece?

SARMIENTO.—A una denuncia elevada a la superioridad.

MATURANA.—Pero una denuncia ¿por qué?

SARMIENTO.—Una denuncia basada en la excesiva libertad que aquí se da a los presos..., en que se bebe vino dentro de la cárcel, y del que hay en ella una gran provisión; en que se toca la guitarra y se canta flamenco... ¿Le parece a usted poco?

MATURANA.—¿Y usted sabe quién firma esa denuncia?

SARMIENTO.—Un tal señor Porras.

TODOS.—(*Desde las celdas.*) ¡Ladrón!

SARMIENTO.—No motejen los reclusos, hagan el obsequio.

MATURANA.—Nadie está libre de una enemistad, señor inspector.

SARMIENTO.—Nadie, en efecto. Yo, más que nadie, deseo que esto no se compruebe, porque de comprobarse me vería obligado a imponer a usted una sanción severísima... y a enviar a los presos a distintas cárceles de España.

TODOS.—(*Grito de terror.*) ¡Ah!

SARMIENTO.—He dicho a los reclusos que se callen. Veo que están muy indisciplinados... En su virtud, procedamos a comprobar de visu los extremos referidos en la denuncia. Martínez.

MARTÍNEZ.—Señor Sarmiento...

SARMIENTO.—¡Que abran esa celda!... (*Primera izquierda.*)

MARTÍNEZ.—Que abran esa celda

MARCULETA.—(¡Mi abuela! ¡Yo inauguro!... ¡Me veo en Ocaña!)

SARMIENTO.—¡Fuera, buena pieza!

MARCULETA.—(*Saliendo.*) A la orden.

SARMIENTO.—¡Calla!... ¿Tú no eres el Oruga?

MARCULETA.—No, señor. Lo parezco, pero no lo soy.

SARMIENTO.—¿No eres el que mató a su suegra en Alcañiz?

MARCULETA.—No, señor; no he matao a mi suegra en ninguna parte. No es que me hayan faltao ganas algunas veces, pero, vamos, no he pasao de tentativa.

SARMIENTO.—Martínez, entre y registre el petate de este granuja. (*Martínez obedece.*) ¿Qué edad tienes?

MARCULETA.—Arañando los cuarenta.

SARMIENTO.—¿Arañando los cuarenta?... Pues no te deben quedar uñas, porque tienes cara de carcamal.

MARCULETA.—¡Igualmente!

SARMIENTO.—¿Qué?

MARCULETA.—Que igualmente me han dicho otras veces, sí, señor.

SARMIENTO.—¿Cómo te llamas?

MARCULETA.—Como ayer, pa servir a usted.

SARMIENTO.—Quieres ocultar tu nombre... Bueno, bueno...

MARTÍNEZ.—(*Saliendo con dos botellas de champagne.*) ¡Señor Sarmiento!...

SARMIENTO.—¿Qué ocurre, Martínez?

MARTÍNEZ.—Que la celda está amueblada con una elegancia insólita y que este recluso no duerme solo... Mire usted lo que tenía en la cama. (*Deja las botellas y vuelve a la celda.*)

SARMIENTO.—¡Hola, hola, hola!... Viuda *Clicot*...

MARCULETA.—Señor inspector, yo explicaré a usted...

SARMIENTO.—¡Silencio! Apuntemos. (*Saca un cuadernito y escribe.*) "Encontradas cama recluso, celda diez y ocho, dos viudas..."

MARCULETA.—Dos viudas embotelladas; haga el favor de explicarse bien, porque mi reputación...

MARTÍNEZ.—(*Vuelve a salir con un plato con seis bocadillos.*) He encontrado también este plato de viandas selectas...

SARMIENTO.—A ver, a ver...

MARTÍNEZ.—Seis mordiscos...

MARCULETA.—Se llaman bocadillos, caballero; no sea usted ordinario.

MARTÍNEZ.—Bueno, seis bocadillos.

SARMIENTO.—¿De qué son?

MARTÍNEZ.—No sé.

SARMIENTO.—Compruebe para hacerlo constar.

MARTÍNEZ.—(*Se come uno.*) Este parece de jamón.

SARMIENTO.—A ver. (*Se come otro.*) El mío es de ternera.

MARTÍNEZ.—(*Se come otro.*) Pues este es de queso. (*Hace mutis a la celda.*)

SARMIENTO.—A ver si quedamos en algo definitivo... (*Se come otro.*) Parece *fuagrás...;* en fin, escribamos: bocadillos variados.

MARTÍNEZ.—(*Que sale de la celda con una guitarra.*) Señor inspector...

SARMIENTO.—¡Martínez!...

MARTÍNEZ.—¿Qué dirá usted que me he encontrado debajo de la cama? ¡Una guitarra!

SARMIENTO.—¡Hasta una guitarra!... ¿Qué dice usted a esto, señor director?

MATURANA.—Señor inspector, uno no puede evitar que los reclusos, subrepticiamente, introduzcan en las celdas...

SARMIENTO.—Y usted, recluso, ¿cómo justifica la tenencia de este instrumento tañente?

MARCULETA.—(*A Maturana.*) Ahora es cuando te salvo. (*Alto.*) Ninguna responsabilidad puede alcanzar por ello al señor director de esta penitenciaría. Lea usted a Lombroso, a Mecachef, a Bonacursis, a todos los criminólogos modernos, y todos convienen en que al preso debe dársele celda limpia, aseada, risueña...; rodeársele de todo cuanto pueda recordarle el bien que gozó en su libertad: champán, bocadillos, fiambres, habanos, guitarras... Y entonces serán sus pensamientos risueños, limpios, generosos; y ya no tendrá más ansia que reconquistar el perdido bien de su llorada libertad para gozar, en una regeneración fecunda y provechosa, los múltiples bienes de seis a siete...

SARMIENTO.—(*Con ira.*) ¡Ocho!

MARCULETA.—De seis a siete...

SARMIENTO.—¡Ocho días de celda de castigo, por charlatán!

MARCULETA.—¡Recuerno!...

SARMIENTO.—Y ni Lombroso y Matacurchis, ni Bacanichef, ni los demás camelos que ha tenido usted la avilantez de largarme, le van a librar de pasarse los ocho días a pan y agua.

MARCULETA.—(¡Bueno, este tío es menos científico que un kilo de almejas!)

SARMIENTO.—Y ahora, una vez comprobados todos los extremos de la denuncia, se impone en esta cárcel un régimen ri-

gurosísimo. Conque que salgan todos los presos y las presas para pasarlos revista.

MATURANA.—(Bueno, de aquí salimos todos codo con codo.) Abreles a todos, Benigno.

(*El carcelero hace lo indicado y van saliendo todos.*)

SARMIENTO.—Y usté carcelero, nada de Benigno. O se cambia usté el nombre o dimite.

MARCULETA.—(¡Qué animal!)

SARMIENTO.—Severidad, energía, disciplina, rigor... ¡Amigo Martínez, estoy en mi elemento! Todos los extremos de la denuncia están comprobados! A la noche, el director expedientado; cada recluso saldrá para un penal distinto y esta cárcel será una cárcel modelo, yo se lo aseguro a usted... Severidad, energía, disciplina, rigor... ¡No hay más! (*Se frota las manos de gusto.*)

ESCENA VI

DICHOS, TULA, MIMI, CELIA, GOROSTIZA, ALVARITO, MANOTAS, EL RESPONSO, MATURANA y BENIGNO.

MATURANA.—Aquí están reclusas y reclusos.

SARMIENTO.—Muy bien. Veamos esta gentecilla.

MIMÍ.—(¡Qué cara de bruto!)

CELIA.—(Parece un oso blanco.)

TULA.—(¿Pero el oso blanco no lo había matao don Cecilio Rodríguez?)

SARMIENTO.—(*Poniéndose unas gafas.*) ¡A ver! ¡A ver! (*Fijándose en las mujeres.*) ¿Pero qué presas son éstas?... ¿Pero qué es esto?... ¿Qué piernas son éstas?

TULA.—Las mías.

SARMIENTO.—¿Pero cómo consiente usté que vayan tan cortas?

MIMÍ.—Es la moda.

SARMIENTO.—¿Modas en la cárcel?... ¡Hay que ver esas piernas y ¡éstas!..., ¡y no digo nada de éstas!... (*Tocándolas.*) ¿Usté ha visto esas piernas, Martínez?...

MARTÍNEZ.—No, señor... ¿Compruebo?

SARMIENTO.—¡Basta con que lo haga constar en el expediente!... ¿Pues y los brazos de ésta?... ¡Y no digo nada de los de ésta!..., y hay que ver esto... (*Tocándolos.*) Esto es una vergüenza..., esto es un escándalo... (*Sin soltarlos.*) Esto es una cosa que quebranta, y solivianta..., y atraganta, señor direc-

tor. Y mañana, las faldas largas, los pelos largos, los brazos largos... (*Ha ido tocándolas a todas.*)

TULA.—¡Y las manos quietas!

SARMIENTO.—(*Por Alvarito.*) ¿Pues y los pelos de este granuja? ¡Un criminal peinado a lo garsón! ¿Dónde se ha visto esto? (*Lo despeina.*)

ALVARITO.—Señor inspector, no despeine, haga el obsequio, que se puede tener rigor carcelario con fijador *Emilmat.*

SARMIENTO.—¿Cómo que no despeine?... (*Por Gorostiza.*) ¡Pues mire usté este golfo con su rayita y todo!... ¡A ver vosotros! (*A los ladrones.*) Muy bien. ¡Estos están muy bien! Son las únicas personas decentes que hay aquí.

RESPONSO.—(¡Dios te conserve la vista!)

SARMIENTO.—A ver... ¿Quién hace de barbero en esta cárcel?

MANOTAS.—Zervidó.

SARMIENTO.—Pues coge unas tijeras... y pélamelos al rape inmediatamente...

GOROSTIZA.—¿Pero a mí?...

ALVARITO.—¿Yo pelao?...

SARMIENTO.—Ahora mismo. Sin rechistar. ¡A pelarse!... ¡Ah, y pélame también al Oruga!... ¡A ver, fuera de la celda! (*Lo saca.*)

MARCULETA.—¡Señor inspector, que yo soy un preso político!

SARMIENTO.—¿Político? ¡Pues más pelao todavía!... ¡Andando!

TODOS.—¡Pero, señor inspector!...

SARMIENTO.—¡Sin rechistar!... ¡A pelarse!

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ESCENA VII

TULA, MIMI, CELIA, SARMIENTO, MARTINEZ.

(*Martínez y Sarmiento escriben.*)

TULA.—Bueno, ¿y pa cuándo dejamos la simpatía y el atractivo?...

CELIA.—¡Pero si este tío es un Scarpia!

TULA.—Aunque sea un tornillo... Hay que ablandarle.

MIMÍ.—No tenemos más recurso que conquistarle.

TULA.—Lo mismo creo.

CELIA.—¡Pues vamos a él!

SARMIENTO.—(*Acercándose a ellas.*) Y respecto a vosotras, ya podéis...

TULA.—Un momento, señor inspector...

SARMIENTO.—¿Qué os ocurre?

TULA.—Pues nada, que por lo visto parece que a usté l'ha impresionao nuestra cortedá...

SARMIENTO.—¿Cómo cortedad?...

TULA.—En las faldas, digo.

SARMIENTO.—¡Ah, naturalmente!... Como que eso no son faldas, son toneletes.

TULA.—Pues le advierto a usted que esto no es ninguna exageración, que hay muchas que las llevan así de cortas..., señor inspector. (*Se sube más las faldas.*)

CELIA.—Y muchas así... (*Lo mismo.*) Que puede usté comprobarlo.

SARMIENTO.—¿Comprobarlo?...

MIMÍ.—El otro día vi yo unas de esta medida. (*Idem.*) ¡Amos, me dió una vergüenza!...

TULA.—Y respective a los escotes..., ¿qué es esto comparao con lo de otras, que van de esta forma?...

CELIA.—¡Anda, y así de bajas!...

MIMÍ.—¡Yo las he visto con una cosa así de escandalosa!...

SARMIENTO.—¡Martínez, un poco de agua!

MARTÍNEZ.—¡No hay más que jerez en esta prisión!

SARMIENTO.—No, pues jerez no, que... (*Se hace aire con el pañuelo.*)

TULA.—Y claro, pues nosotras queríamos elevarle a usté una solicitud...

SARMIENTO.—¡Basta de contemplaciones!... ¡Martínez! Que se vaya cada una a su celda...

MARTÍNEZ.—(*A ellas.*) ¡A su celda! (*Aparte.*) Ricas.

SARMIENTO.—¡Y que se cumpla lo mandado!...

MARTÍNEZ.—¡Se cumplirá!... ¡Andando! (*Con dulzura.*) (¡Simpáticas!...)

TODAS.—¡Hasta luego, Martínez!

TULA.—¡Este tonto es más granuja!... (*Vanse.*)

MARTÍNEZ.—(*Que vuelve.*) ¿Ha visto usté qué presas, señor Sarmiento?... ¡Pa no soltarlas!...; con unas... y con cada... (*Hace jeribeques con las manos.*)

SARMIENTO.—Martínez, pocas chirigotas, o le meto a usté de cabeza en el expediente!

MARTÍNEZ.—Señor Sarmiento...

SARMIENTO.—¡No hay Sarmiento que valga!... Severidad, energía, disciplina, rigor... ¡Esta cárcel será una cárcel modelo!... ¡Yo se lo aseguro a usted!

ESCENA VIII

DICHOS, MARCULETA, GOROSTIZA, ALVARITO y BENIGNO.

(*Salen pelados al cero como tres melones.*)

MARCULETA.—(*Furioso.*) ¡Bueno, yo protesto enérgicamente de que se haya convertido en tres melones a tres seres racionales! ¡Lo que ha hecho usté con nosotros es para tirarse de los pelos!

SARMIENTO.—¡Pues tírese usté si puede!

ALVARITO.—¡Ah, miserable!... ¡Añade la befa al escarnio! ¡Nos mondan y se nos pitorrea!

GOROSTIZA.—¡Yo probaré que esto no es penitenciario!

MARCULETA.—Esta es una depilación afrentosa y bárbara, de la que protestaré ante el señor Cabello.

ALVARITO.—Sí, señor, Cabello...

MARCULETA.—¡Inspector general de cárceles rurales!

ALVARITO.—Por lo tanto, señor Ceporro...

SARMIENTO.—¡Sarmiento me llamo!

MARCULETA.—¡Bueno, todo es de viña!

GOROSTIZA.—Elevaremos una queja a quien corresponda, consignando la tomadura de pelo a que hemos sido sometidos.

SARMIENTO.—(*Todo a gritos, a gritos furiosos.*) ¡Basta!...

MARCULETA.—Sí, señor, tomadura de pelo!...

SARMIENTO.—¡Basta he dicho!..., y a callar inmediatamente, porque al que se me desmande le pego un tiro!

MARCULETA.—¡Recontra! (*Se callan todos, atemorizados.*)

MARTÍNEZ.—(*Tratando de contenerle.*) ¡Por Dios, señor Sarmiento!...

SARMIENTO.—Le pego un tiro. ¡A mí no se me han plantado nunca los presos! ¡Ya sé yo cómo se trata a esta gentuza!... A ver, carcelero, una vara...

MARCULETA.—¡Caracoles!, ¿qué nos irá a medir?

SARMIENTO.—(*A gritos.*) ¡Venga una vara!...

BENIGNO.—Voy, voy por ella en seguida... (*Sale corriendo por el foro.*)

SARMIENTO.—¡Y al que se me insubordine lo divido!... Energía, disciplina, severidad, rigor... ¡Esta cárcel será una cárcel modelo, yo lo aseguro!...

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA VISITA y los NIÑOS. Luego TULA, MIMI, CELIA, EL MANOTAS y EL RESPONSO. Al final, PORRAS.

(*Se oyen fuera ayes, lloros, gritos, voces desaforadas, dominándolas a todas la de doña Visita, gritando.*)

VISITA.—(*Desde dentro.*) ¡Pepe! ¡¡Pepe mío!! (*Salen todos.*)

TODOS.—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

SARMIENTO.—¿Qué alboroto es ese?

VISITA.—¡Pepe! ¡¡Pepe mío!!

MARCULETA.—¡Cielos! ¡La voz de mi mujer!

SARMIENTO.—¿Pero qué escándalo es este?

RESPONSO.—Una presa que traen, señor inspector.

SARMIENTO.—¿Y por qué escandaliza?

VISITA.—(*Sale despeinada, con la ropa a jirones, pálida, descompuesta. La siguen los niños en un estado semejante.*) ¡Pepe! ¡¡Pepe mío!!

MARCULETA.—¡Visita!

VISITA.—(*Cayendo en sus brazos.*) ¡Pepe mío! ¡Por fin!..., ¡¡en tus brazos!!

MARCULETA.—¡Santo Dios!, ¿pero cómo vienes?

VISITA.—¡Ya estoy aquí para nueve años! (*Cae en sus brazos transportada de emoción.*)

MARCULETA.—¡Cielos! ¿Qué dices?

VISITA.—¡Tú preso, yo presa!... ¡Ya estamos juntos! ¡Era mi deber!

MARCULETA.—¡Pero!...

VISITA.—¡Ay, Pepe, he cometido un delito horrible!

MARCULETA.—¿Pero qué has hecho?

VISITA.—¡Le he pegado al alcalde!

MARCULETA.—¡Santo Dios!

VISITA.—¡Déjame acabar...: y a nueve concejales!

MARCULETA.—¡Ay, mi abuela!

VISITA.—Yo salí de aquí pensando que necesitaba cometer un delito para volver. ¿Qué haré?—me dije—. Todos los delitos me repugnaban. Un atentado a la autoridad me pareció lo más a propósito para una señora, y le pegué a un guardia una bofetada que se le hinchó hasta el casco... Me detuvo, me llevó al Ayuntamiento...; pero yo estaba viendo que aquello iba a reducirse a una detención de mala muerte. Y no me convenía; entonces averigüé que el cabildo municipal estaba reunido; subí con los niños a la sala de sesiones, entramos locos, desaforados, dando voces y gritando: "Abajo el inquilinato."

El alcalde me tocó la campanilla, creyendo que me iba a hacer callar, y entonces yo subí al escaño presidencial y le pegué al alcalde.

MARCULETA.—¡Recuerno!

VISITA.—¡El alboroto fué épico!... Todos gritaban; quisieron sujetarme, pero empecé a repartir bofetadas entre los ediles en tal forma que levanté la sesión.

MARCULETA.—¿Tú sola la levantaste?

VISITA.—Con una mano. ¡El momento fué sublime!... ¡Había que verme a mí luchando con los maceros como una furia, desgreñada y magnífica!... Mientras las niñas tiraban tinteros de un escaño a otro y el niño se comía todos los azucarillos que encontraba; a todo esto los concejales huían como liebres, y el secretario, escondido debajo de una mesa, se asomaba de cuando en cuando y gritaba: "Para la próxima se avisará a domicilio." ¡¡Oh!! ¡Ha sido legendario, Pepe, legendario!

MARCULETA.—¡Bueno, rica, pues no te van a condenar más que a cadena perpetua!

VISITA.—¿Y qué me importa a mí eso, si me ha dicho Porras que tú ya no volverás a salir de la cárcel? ¡Y ya veo, Pepe mío, por la mondez de tu cráneo, tu larga condena!... De modo que logré lo que quería: ¡perpetua tú, perpetua yo! ¡Ya estamos juntos para siempre!

SARMIENTO.—¿Cómo juntos para siempre? ¿Pero cree usté que aquí el régimen mixto va a continuar? ¡Ahora mismo la voy a meter a usté en una celda de castigo!... ¡Pegarle al alcalde, nada menos! ¡A encerrarla!

VISITA.—¿A mí?... Quién es este paquete de algodón hidrófilo?

MARCULETA.—El señor Ceporro.

SARMIENTO.—¡Sarmiento!

MARCULETA.—Lo mismo da... El señor Sarmiento, inspector de Penales.

VISITA.—¿Y es usted el que oyendo mi relato heroico, por unirme al hombre que amo me amenaza con separarme de él?

BENIGNO.—(*Entrando con la vara.*) Aquí está la vara.

VISITA.—(*Cogiéndola violentamente.*) Traiga usted. ¡Sepáreme usté, si tiene valor! (*Adopta una actitud amenazadora.*)

SARMIENTO.—¡Martínez, préndala!

VISITA.—Como se acerque, Martínez, lo fracciono.

SARMIENTO.—¡Martínez, préndala!

MARTÍNEZ.—¡Pero por dónde, si no se deja!...

SARMIENTO.—¡Carcelero, átela codo con codo!

VISITA.—¿Codo con codo a mí?... ¡Fuera de aquí, sayón, es-

birro, verdugo, miserable!... ¡Fuera de aquí o te trituro! (*Empieza a repartir estacazos.*)

SARMIENTO.—(*Huyendo.*) ¡Sujetarla, que está loca!

MARCULETA.—¡Por Dios, Visita, no le pegues, que nos fusilan!

TODOS.—¡Señora, que nos fusilan!

SARMIENTO.—¡A esto, a esto ha dado lugar el desorden que reinaba en la cárcel!

PORRAS.—(*Apareciendo por el foro izquierda.*) ¡A esto ha dado lugar, en efecto! Pero el desorden ha terminado, porque acabo de ser nombrado carcelero, en sustitución de este señor. Ahí va la orden. (*Se la entrega a Sarmiento.*)

SARMIENTO.—(*La lee.*) En efecto...

PORRAS.—Conque vengan las llaves, la gorra y la estaca... (*Se las quita al carcelero y se lo pone él.*) ...y cada uno a su celda...

TODOS.—Pero...

PORRAS.—¡Cada uno a su celda o los deshago!... (*Aterrados huyen cada uno por un lado; Porras queda rugiendo y sonando las llaves y dando estacazos en el suelo.*) ¡A las celdas! ¡A las celdas o los destrozo!

SARMIENTO.—¡Usté era el hombre que a mí me hacía falta. (*Le abraza.*)

PORRAS.—¡Y nada más!... ¡¡Ahora va usté a ver juergas en esta carcelita!!

TELON

ACTO TERCERO

La escena está dividida en tres partes, separadas por tabiques divisionarios. En primer término, una celda carcelaria a cada lado. En el centro, una especie de vestíbulo algo mayor que las celdas. En el foro de este vestíbulo, una gran arcada con su correspondiente reja, en la cual hay una puertecilla, también de hierro, que sirve de entrada. Cada celda tiene una puerta, que da al vestíbulo, provista de cerradura, cerrojo y ventanillo practicable. En cada celda, un camastro y algún taburete de madera. Del techo del vestíbulo pende una lámpara de poca luz que justifique que al comienzo de la escena se halle ésta en una semiobscuridad. En la celda de la derecha, y en sitio lo más visible que se pueda, estará preparado y discretamente disimulado con piedras o ladrillos, que se caerán a su tiempo, un agujero suficientemente grande para que por él pueda pasar una persona. En la pared interior de la celda de la izquierda habrá una pequeña entrada sin hoja de puerta que se supone conduce a otra parte del calabozo, y que sirve para que oportunamente se oculte Marculeta. Sirve de forillo al vestíbulo central un pasillo con una gran ventana enrejada practicable, que se abrirá a su tiempo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

(TULA, CELIA, MIMI, EL RESPONSO, EL MANOTAS, GOROSTIZA y ALVARITO, en el calabozo de la derecha. Están abriendo un agujero en la pared del primer término derecha, utilizando barras de hierro y piquetas. La cárcel está sumida

en la más profunda obscuridad. Tula y Gorostiza alumbran la faena con linternas eléctricas. Todos trabajan silenciosamente. Cuando hablan lo hacen en voz queda. En el calabozo de la izquierda DOÑA VISITA, vestida de negro, con un traje de falda larga y cuello blanco, escribe unas cuartillas sobre una mesita baja de pino, alumbrada por una tosca lámpara eléctrica de mesa con pantalla roja.)

TULA.—(*Animando a los que trabajan.*) ¡Animo!... ¡Duro!... ¡Ande!...

MANOTAS.—(*Quitando un trozo de muro.*) Otra piedra fuera.

GOROSTIZA.—Ahora ahondar en la pared.

CELIA.—¡Dad fuerte...; ánimo!

MIMÍ.—¡Hinca el pico, Alvarito!

ALVARITO.—¡Tanto que le voy ahincar! (*Rendido.*) Porque yo no puedo más.

RESPONSO.—¡Qué pollos estos que no pueden ni con el pico!

TULA. — No desmayéis...; a ver si podemos escaparnos pronto...

ALVARITO.—¡Animo ahí!... ¡Hala con esa piedra!... ¡Venga alma!... ¡En cambio para animar tengo unas disposiciones!... ¡Fuerte!... (*Siguen trabajando silenciosamente.*)

VISITA.—(*En la otra celda, leyendo lo que ha escrito.*) "¡Emerge de mi calabozo un hálito tal de melancolía..." Bueno, aquí tengo una hache y no sé si ponerla en emerge o en hálito, porque en melancolía no me ha sido posible..., no hay hueco. Estoy escribiendo mis memorias, a semejanza de Silvio Pellico. Creo yo que imitando a Pellico tendré un tinte de figura histórica muy interesante. Tal vez semejo a María Antonieta en la Conserjería. Había pensado escribirlas en francés, que es más elegante, pero tropecé con una dificultad: que no sé francés. Aquí tengo el primer capítulo. (*Leyendo.*) "Mi infancia. No recuerdo donde nació mi padre; no tengo la menor idea de donde nació mi madre, y no puedo precisar a punto fijo donde vi la luz primera." ¡La verdad es que unas memorias en que no me acuerdo de casi nada, era mejor haberlas escrito en francés, aun sin saberlo!... Porque... ¡Vamos!... ¡Calle!... ¡Ya parece que voy recordando!... (*Escribe.*) "Mi padre nació en la Pampa..." No. Esto tiene un aire de tango argentino que no me satisface. (*Escribe.*) "¡Pampero fué mi papá." Sigue el tango. No es esto. (*Escribe en silencio, golpeándose la frente como para excitar la memoria.*)

ESCENA II

PORRAS. Viene por el foro con una linterna encendida y las llaves en la mano.

ALVARITO.—(*Que al oír pasos y ruidos de llaves mira por la rejilla de la celda.*) ¡Chiss!...

TODOS.—(*Suspendiendo el trabajo.*) ¿Qué?...

ALVARITO.—¡El bestia de Porras, que viene de vigilancia!

RESPONSO.—¡Apaguen linternas!... ¡Tapen orificio!... ¡Escondan útiles evasivos!... (*Hacen todo lo expresado, colocando la mesa delante del agujero.*)

MANOTAS.—¡No moverse!

ALVARITO.—¡Ahí está!

(*Quedan todos como petrificados.*)

TODOS.—¡Silencio!

PORRAS.—(*Que ha entrado por la puertecilla de la verja del foro, se pone la mano en la oreja formando pabellón, como para escuchar.*) No se atalaya el más nimio rumor. La cárcel permanece en la más silenciosa sordomudez. Todo callao, apagao, cerrao, aterrao. (*Declamatorio.*) ¡Ah, sí!... ¡Todo el odio negro, colérico, que me achicharra las entrañas se está revancheando a tutiplén! Los tengo a todos en calabozos de castigo. Marculeta se pudre en el más obscuro, sujeto a pan y Lozoya, y a Tula..., ¡a esa infame!..., la tengo comiendo un rancho habichuelero...; ¡ella, que se tenía que desayunar con *fuagrás!*... ¡Sí, fua..., ¡fua, fua!... ¡Toma fua!...

VISITA.—(*Levanta la cabeza y escucha.*) Parece que ladran... (*Vuelve a escribir.*)

PORRAS.—Voy a abrir las ventanas, que ya es de día. (*Abre la ventana del foro; la escena recobra toda su luz. Vase.*)

TULA.—¡Dios mío! ¡Quién nos había de decir que esta broma nos iba a costar tan cara!

CELIA.—¡Chica, no te apures!

TULA.—Porque yo os advierto que la desaparición de Maturana me tiene muy escamada.

MIMÍ.—¿Qué habrán hecho con él?

TULA.—Y luego ese bandido de Porras, reforzado por el sayón de Sarmiento..., meternos en celdas de castigo. Separarnos de Marculeta. ¡Pobre Marcu!

CELIA.—¡Gracias a que Martínez se ha enamorao de ésta! (*Por Mimí.*)

TULA.—Y por eso nos protege y nos abre a escondidas los

calabozos, hasta el punto de decirnos: "No siendo por la puerta, que hay guardias, irse por donde queráis."

MIMÍ.—Ayer se me declaró el pobrecillo, y he quedao en contestarle hoy.

CELIA.—¡Por Dios, no le des calabazas, que sería nuestra ruina!

TULA.—¡Mia si yo pudiera conquistar a Sarmiento!

ESCENA III

DICHOS y MARCULETA, por el foro.

MARCULETA.—(*Abre la verja de entrada y penetra en escena. Marcha con andar quedo. Da grandes zancadas, poniendo los pies en el suelo con temor para no hacer ruído. Mira a un lado y a otro. Habla en voz baja.*) ¡Que no me divisen, porque me ejecutan! De esta cárcel salgo yo contratado para los dramas policíacos. Doy unos pasos sherlojolmescos que no me los mejora Rambal. (*Llega a la celda de la derecha y llama con un repiqueteo y dos golpes.*)

ALVARITO.—La contraseña en tiempo de tango.

GOROSTIZA.—Debe ser Marculeta.

TULA.—Se conoce que Martínez le ha abierto.

GOROSTIZA.—¿Quién?

MARCULETA.—(*Con voz cavernosa.*) ¡Venganza y evasión!

MIMÍ.—El santo y seña. Es él.

CELIA.—(*Abriendo.*) Adelante.

MARCULETA.—(*Entrando.*) ¡Tula!

TULA.—¡Marcu! (*Se abrazan.*)

VISITA.—(*Escribiendo.*) "Capítulo segundo. De la fidelidad perruna de mi enamorado esposo..." (*Sigue escribiendo.*)

ALVARITO.—¡Pobre Marculeta! (*Le abrazan todos con ternura.*)

MARCULETA.—¡Queridos míos..., queridas... amigas mías!

TULA.—¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

MARCULETA.—Gracias a Martínez, que es un alma generosa y me ha dado hasta una llave para que pueda ver a mi mujer.

GOROSTIZA.—Pero el calabozo en que te han metido será terrible...

MARCULETA.—En una mazmorra hedionda.

TULA.—¡Qué infame!

MIMÍ.—¡Qué espanto!

(*Marculeta se acerca a los ladrones, que son los únicos que han seguido trabajando.*)

MARCULETA.—Bueno, ¿y cómo va esto?

MANOTAS.—Pa llegar al otro lao, señorito.

MARCULETA.—Pues no desmayar. Nuestra única salvación es la fuga. Taladremos las paredes, rompamos las cadenas y a la calle.

TULA.—Todo eso está muy bien; pero tal y como se han puesto las cosas, yo quiero comunicarte un temor que tengo, Marcu.

MARCULETA.—¿Qué temor?

TULA.—Que se me ha metido entre ceja y ceja que ese canalla, pa completar su venganza, va a agarrar a tu señora y le va a cascar ce por be—y digo be porque es un chivo—la verdá de lo ocurrido. Ayer dió a entender algo...

MARCULETA.—¡Caray!...; ¡pues calla, por tu madre, que el solo anuncio de esta catástrofe me sobrecoge y eriza!

CELIA.—¿Y qué haríamos?

MARCULETA.—Pues lo que voy a hacer, parar el golpe.

TODOS.—¿Cómo?

MARCULETA.—Anticipándome a él.

TODOS.—¡Eso!

MARCULETA.—Diciéndole a mi mujer que toda la persecución de ese canalla obedece a una venganza personal. ¡Qué sé yo! Yo inventaré algo genial. ¡Ya me conoces! Un embuste bien traído. Lo aderezo con una prosa limpia y conmovedora, lo trufo con mi rica fantasía orientalista, ¿y quién sabe si por ahí puede venirle a Porras su castigo?

GOROSTIZA.—Salgamos: tú, a la celda de tu mujer; nosotros, a preparar nuestros indumentos para la fuga.

TULA.—(*A Marculeta.*) ¡Que Dios te ilumine!

MIMÍ.—Buena suerte.

MARCULETA.—¡Voy a hacer una entradita en el calabozo que me la ven en el Conservatorio y la declaran de texto!

ESCENA IV

VISITA y MARCULETA.

(*Todos han hecho mutis por el foro derecha. Marculeta salva a zancadas el espacio que separa los dos calabozos, y al llegar al de Visita empuja la puerta, entra a la media vuelta agarrado a ella con los brazos en alto, como quien huye de un*

tud de terror.)

MARCULETA.—¡Chiss!...

VISITA.—(*Levantándose de un salto asustada.*) ¿Quién?

MARCULETA.—¡Yo!... ¡Silencio!...

VISITA.—Pepe de mi alma, dime cómo has podido venir hasta mis brazos convulsos.

MARCULETA.—Arrostrando peligros caóticos, arrastrándome por las encrucijadas carcelarias, tronchando cerrojos, arrancando puertas...

VISITA.—¡Jesús!

MARCULETA.—Puerta que se me ponía por delante, puerta que pulverizaba.

VISITA.—¿Pero cómo? ¡Si a ti la naturaleza no te ha hecho hercúleo!

MARCULETA.—La naturaleza no me ha hecho hercúleo, pero el amor me ha hecho heroico, y por llegar a tu lado hasta los hierros más gruesos y los muros más espesos se abren a mi paso...

VISITA.—¡Oh, vida mía! ¿Cómo te pagaré este amor?

MARCULETA.—En voz baja; págamelo en voz baja, por lo que más quieras, que si nos oyen la pringamos. Porque lo de la fuga va muy adelantado.

VISITA.—Sí. Hay que huir. Sobre todo de Sarmiento. Tú no sabes cómo me trata... A todos les dió un rancho de judías...; ¡a mí me le dió de lentejas!, diciéndole despectivamente a Martínez: "Lentejas para las viejas, aunque no quieran lentejas."

MARCULETA.—¡Mira el muy... poeta!

VISITA.—Le envolví en una mirada agresiva y le arrojé a la faz las gramíneas.

MARCULETA.—¿Le potajeaste?

VISITA.—Le potajeé. ¡Groserías a mí!... Bueno, ¿y por dónde huímos?

MARCULETA.—Por un agujero que está haciendo en la pared nuestro comité paritario de fuga. Ya falta poco. Pero por si antes de terminarlo viniera Porras y hablara contigo, necesito anticiparme a la nueva infamia que ese bicho me prepara en su siniestra venganza.

VISITA.—¿Una nueva infamia de ese monstruo?

MARCULETA.—¡Y horrenda! Escucha.

VISITA.—Habla.

MARCULETA.—Visita, toda mi desgracia es la obra de ese hombre perverso. El fué quien denunció a Maturana y trajo

a Sarmiento, y se procuró luego el destino de carcelero para ser nuestro verdugo.

VISITA.—¿Y cómo tiene tanta influencia?

MARCULETA.—Porque es hermano de leche de Frasquito Mendoza, que ejerce un alto cargo en Penales.

VISITA.—¿Cómo hermano de leche, si a mí me dijo que le habían criado con biberón?

MARCULETA.—Razón de más para que sea hermano de Frasquito, compréndelo.

VISITA.—Y toda esa persecución ¿qué puede motivarla?...

MARCULETA.—Pues que me cree culpable de que le echaran bola negra cuando pretendió ser socio del Centro Asturiano.

VISITA.—¿Y por qué le echaron bola negra?

MARCULETA.—Primero, porque no las había de otro color, y segundo, porque es de Cuenca. ¿Y qué hacía un conquense en la casa de Asturias?

VISITA.—Naturalmente. ¿Y por esa puerilidad te persigue implacablemente?

MARCULETA.—Dice que por mi culpa le retiró el saludo la colonia asturiana. Y so pretexto de esa mentecatez, ¡horrorízate!, quiere destruir nuestra felicidad conyugal, nada menos.

VISITA.—¡Qué barbaridad!... ¿Pero cómo?

MARCULETA.—Pues diciéndote que mi prisión es una patraña, que no hay tal delito político, que yo estoy aquí porque amo a otra.

VISITA.—¿Tú a otra?... (*Riendo incrédula.*) ¡Ja, ja, ja!...

MARCULETA.—Y que la otra es una presa que tampoco es tal presa. ¡Figúrate!... ¡Ja, ja, ja!...

VISITA.—¡Una presa que no es tal presa! ¡Ja, ja!...

MARCULETA.—Bueno, ¡ja, ja, ja!...; pero no le hagas caso, ¿eh?

VISITA.—Pero, Pepe, ¿qué me dices?... ¡Dudar yo de tu cariño!...

MARCULETA.—¡Que yo no te quiero, Visita!... ¡Yo, para quien tus ojos han sido espejos; tu boca, panal; tu pecho, reclinatorio.

VISITA.—¿Qué me vas a decir, Pepe mío, de cómo nos hemos querido siempre?... ¡Si no te llamo Romeo porque es un nombre muy feo!

MARCULETA.—Bueno, Visita. Ahora separémonos. Voy a ver cómo marcha el agujero. Vendré a buscarte.

VISITA.—¡Adiós, gloria mía!... ¡Siempre amantes!...

MARCULETA.—Hasta el más allá del más allá..., suponiendo que no haya más allá, que si hay más..., ¡más! Adiós.

(*Todas las figuras que se fueron anteriormente han vuelto a*

entrar hace un momento en el calabozo, llevando maletas y abrigos. Sale Marculeta al pasillo central.)

VISITA.—¡Cuánto me ama! Iré preparando el maletín para la fuga. (*Vase por la puerta de la izquierda del calabozo.*)

MARCULETA.—Bueno, Porras, ven cuando quieras. Frente a tu mala intención pongo mi ingenio. (*Entra en el otro calabozo.*)

ESCENA V

MARCULETA y todos los de la celda derecha.

TULA.—¿Qué tal, Marcu?

TODOS.—¿Qué tal, qué tal?...

MARCULETA.—Ya está parado el golpe. No hay nada que temer.

MIMÍ.—¡Eres genial!

MARCULETA.—¿Qué?... ¿Y cómo anda esto?

MANOTAS.—Faltan tres centímetros pa el taladro completo.

RESPONSO.—Estamos pa calar.

MARCULETA.—(*A Alvarito.*) Bueno, y tu tendrás la seguridad absoluta de que esto da a la calle, ¿eh, Alvarito?

ALVARITO.—Absoluta. Soy alumno de arquitectura, he levantado un plano y lo garantizo.

RESPONSO.—¡Qué sé yo, señorito! (*Dudándolo.*)

ALVARITO.—¡Que sí, hombre! Esto no puede dar más que a la calle o al cuartel de la Guardia civil.

MARCULETA.—¡Caray! ¿Cómo al cuartel de la Guardia civil?

TULA.—¡Por Dios!...

TODOS.—¿Qué dices?...

ALVARITO.—Sí, porque fijarse en el plano. (*Mostrándolo.*)

MARCULETA.—Vamos a ver. (*Todos rodean a Alvarito.*)

MANOTAS.—¡Ya..., ya..., vengan!...

TODOS.—(*Acercándose con curiosidad.*) ¿Qué?...

RESPONSO.—¡Que ya estamos en el otro lao!

ELLAS.—(*Palmoteando.*) ¡Qué bien, qué bien!...

GOROSTIZA.—¡Silencio!

MARCULETA.—¿Y da a la calle?

RESPONSO.—(*Mirando.*) Se ve un poco de luz, pero el agujero es muy chico todavía.

ALVARITO.—Veréis cómo da a la calle.

MANOTAS.—¡Mi madre!

(*Se oye un gran ruido detrás del muro.*)

TODOS.—¿Qué es?

MANOTAS.—¡Que se ha derrumbao media pared!

MARCULETA.—¿Y da a la calle?

SARMIENTO.—(*Asomando medio cuerpo por el agujero que ha quedado.*) ¡Buenos días!

ESCENA VI

DICHOS. SARMIENTO, por el agujero.

TODOS.—¡Ay!... (*Dejan caer con estrépito las maletas y las herramientas.*)

MARCULETA.—¡Al despacho del director!

RESPONSO.—¡Sálvese el que pueda!

(*Huyen atropelladamente, la mayor parte por el foro. Marculeta se mete en el calabozo de Visita y se oculta. Tula, en su azoramiento, se queda atrasada y al ir a salir, Sarmiento la coge por las faldas y la detiene.*)

SARMIENTO.—¡Alto allá!

TULA.—¡Por Dios, señor inspector, que yo...!

SARMIENTO.—¡Alto he dicho!... (*Cierra la puerta.*) ¡Una evasión!... ¡Canallas!... ¡Y qué evasión! ¡Hacer un taladro para escaparse y que dé a mi despacho!...

TULA.—Pues nos lo ha dirigido un chico que tiene dos años de arquitectura.

SARMIENTO.—Pues va a tener dos de arquitectura y veinte de presidio.

TULA.—¡Por Dios, no se ponga usté tan fiera! ¡Si yo me atreviese!

SARMIENTO.—¿Que no me ponga fiera?... ¡Miserables!... ¡Canallas!... ¡Comprometerme con una evasión!... ¡No tardaréis en sentir el peso de la ley! ¿Pero es que usted no tiembla de haber caído en mis manos?

TULA.—No, señor.

SARMIENTO.—¿Cómo que no?... ¿Y por qué no?...

TULA.—Porque una mujer, cuando cae en manos de un señor tan simpático como usted, no tiene miedo de nada malo.

SARMIENTO.—Bueno, caray, pero... si yo no tengo nada de simpático.

TULA.—Está usté errao..., porque pa una servidora y reclusa tie usté dos cosas apasionantes.

SARMIENTO.—A ver, enumere.

TULA.—La barba blanca y vedijosa pa enredarse los deditos en un mimo prolongao.

SARMIENTO.—¿Cómo mimo?

TULA.—Como por ejemplo. (*Le mete los dedos entre la barba.*)

SARMIENTO.—¡Amos, Tula!... ¡Que tiras!...

TULA.—¡Fastidiarse!

SARMIENTO.—Bueno..., pues tira, Tula... Tula, tira...

TULA.—Y otra cualidá que tie usté, que..., vamos..., esa ya es que enajena.

SARMIENTO.—¿Y cuál es?

TULA.—El genio fuerte.

SARMIENTO.—¿De veras?...

TULA.—Palabra. Porque, vamos..., es que yo me enamoro de to lo que me da miedo. Soy como los chicos, que ven una escopeta y al principio se atemorizan; pero luego empiezan a jugar con ella, y ¡pim, pom, pim, pom!..., tirito por aquí, tirito por allá...; ¡pim, pom, pim, pom!... (*Le va dando cachetes a cada disparo que imita.*) ¡Ay..., usté perdone!

SARMIENTO.—(*Poniendo cara muy complacida.*) No, no..., ¡dispara, dispara!... ¡Tiene gracia esta condenada... a prisión mayor! ¡Ja, ja, ja!...

TULA.—¡Gracias a Dios que se ha reído usté!

ESCENA VII

DICHOS y MARTINEZ, que sale por el mismo sitio que Sarmiento. Luego MIMI, por el foro.

MARTÍNEZ.—(*Que ha entrado en la celda por donde Sarmiento.*) Con permiso... ¿Termina usté pronto?

SARMIENTO.—(*Aterrado.*) ¡Martínez!...

MARTÍNEZ.—Es que venía a decirle que Olegario Mínguez, el secretario del señor director, acaba de decirme por teléfono que suspenda usted el expediente y que se ponga al aparato.

SARMIENTO.—Muy bien. Pero de esto que ha visto usted...

MARTÍNEZ.—¡Oh! No es extraño, señor Sarmiento, una pequeña claudicación con una señora como la presente, que le mira a usté y le pone más moreno que un baño de sol..., porque yo..., señor Sarmiento... (*Baja la cabeza sonriente y avergonzado.*) Yo también.

SARMIENTO.—¿También qué?...

MARTÍNEZ.—Me da vergüenza...

TULA.—¿Mucha, mucha?...

MARTÍNEZ.—Mucha no, porque no abuso de ella...; pero...

SARMIENTO.—¿Pero qué?...

MARTÍNEZ.—Que yo también me he tiroteao y hasta he charlestoneao dos calabozos más abajo...

SARMIENTO.—¿Usted?

MARTÍNEZ.—Sí, señor.

(*Mimí entra por el foro y se dirige a la celda.*)

SARMIENTO.—¿Con quién?

MARTÍNEZ.—Con otra reclusa. (*Entra Mimí en la celda.*) Hela aquí.

MIMÍ.—Heme aquí.

SARMIENTO.—¡Qué monada!

MARTÍNEZ.—(*Romántico.*) ¡Otra reclusa cuyos labios besan una rosa y dejan un madrigal en su corola!

SARMIENTO.—¡Corola con usted!...

TULA.—¡Mira el chato!

MIMÍ.—¡Que me está interesando, hija!

SARMIENTO.—Martínez, al aparato. Y mucho cuidado ahora. Al exterior, la mayor compostura y disciplina. Vosotras, sujetas como si fuerais atadas. Nosotros, sujetándolas como dos esbirros.

(*Vanse los cuatro por el foro del pasillo centro en la forma indicada.*)

ESCENA VIII

VISITA, MARCULETA. Luego PORRAS, por el foro.

MARCULETA.—(*Que oye el ruido de pasos que producen los otros al irse.*) ¡Calla!...

VISITA.—Chirria una puerta...

MARCULETA.—Enmudece y atisba.

VISITA.—(*Mirando por el ventanillo del calabozo, que por haber quedado abierto anteriormente puede empujarse y abrirse desde dentro.*) Sacan a dos reclusas...

MARCULETA.—(*Mirando también.*) Son dos cómplices de la fuga.

VISITA.—¡Infelices!... Y mira qué cogidas las llevan.

MARCULETA.—¡¡Que no las dejan ni andar. (*Aparte.*) ¡Vaya unos puntos!...

VISITA.—¿Qué irán a hacerlas esos sayones?

MARCULETA.—¡Sábelo Dios! (*Aparte.*) Bueno, he hecho una jugadita. Se me beben el champagne, se me comen las conservas, se me llevan las mujeres...

VISITA.—¿Por qué hablas solo, hijo mío?

MARCULETA.—No..., por nada... Que el fracaso en la fuga agrava mi situación enormemente. Y por la actitud de los carceleros con esas reclusas, calculo lo que van a hacer conmigo.

VISITA.—¿Temes que te aprieten de esa manera?

MARCULETA.—No, de esa manera no; pero, vamos..., temo que me tengan encerrado un mes... para mientras ellos..., ¡y eso sí que no!

VISITA.—¡Pensar que de todo esto tiene la culpa el miserable de Porras!...

MARCULETA.—¡Ah!, ¡no me lo mientes, que sólo de oír su nombre, mira cómo me crispo, me retuerzo y me erizo!

VISITA.—¡Y mira, al nombrarle, cómo yo me agarroto, me cimbreo y me afelino!

PORRAS.—(*Aparece por el foro izquierda, siempre con el manojo de llaves, que hace sonar.*) Me creo que el momento no puede ser más oportunista pa que yo entre en este calabozo. ¡En cuanto yo penetre y entere a esta señora de la verdad de todo..., ¡cómo le va a poner a Marculeta la cara de arañazos! (*Ríe mefistofélicamente.*) ¡Ja, ja, ja!...

MARCULETA.—(*Que ha oído el ruido de llaves y vuelve a asomarse.*) ¡Es Porras!

VISITA.—¡El infierno nos lo trae! (*Indicando la puerta de la izquierda.*) Ocúltate y escucha.

MARCULETA.—¿Y tú?...

VISITA.—Espero a ver qué quiere, y por su infamia mediré el castigo que debo infligirle.

(*Marculeta vase por la izquierda.*)

PORRAS.—(*Va a abrir con su llave la puerta del calabozo y ve que está abierto.*) ¡Caramba..., está abierto...; seamos corteses! (*Llama con los nudillos en la puerta.*) Doña Visita...

VISITA.—¿Quién? (*Abre la puerta.*)

PORRAS.—Un sumiso servidor.

VISITA.—¿Usted?...

PORRAS.—¿Se puede?

VISITA.—Nunca pidió permiso el halcón a la paloma para clavarle la garra...

PORRAS.—¿La garra?...

VISITA.—(*Indicándole la cabeza.*) La gorra.

PORRAS.—¿La garra o la gorra?

VISITA.—Que clave la garra, pero que se quite la gorra. Las prerrogativas de una dama no caducan con su infortunio.

PORRAS.—Usté perdone, doña Visita, que yo bien sé cuánto

le merecen las damas. Sobre todo cuando son tan interesantes como la aquí presente.

VISITA.—Agradezco a usted su galantería y le ofrezco por ella un real... y positivo agradecimiento.

PORRAS.—Aunque no me ofrezca usted ni una perra gorda, diría que usted aroma con su bondad y su vetusta, pero bien restaurada, belleza el ámbito carcelero, doña Visita.

VISITA.—¡Galante está el esbirro!

PORRAS.—¿Y en qué distracciones entremezcla usted sus horas penales, si no es indiscreto?...

VISITA.—Escribo mis memorias.

PORRAS.—¡Hola!..., ¿y qué es eso?... ¿Una lista de todas las memorias que le han dado a usted en su vida?

VISITA.—Algo parecido, sí, señor. Y precisamente me sorprende usted en el capítulo más interesante: "El amor de mi Pepe".

PORRAS.—¿El amor de su Pepe?... ¡Caray, pues me alegro, porque ese capitulito no lo acaba sin que yo le suministre el material para ello.

VISITA.—¿Qué quiere usted decir?

PORRAS.—Pues quiero decir que su esposo es un canalla que se la pega con otra.

VISITA.—¡Cielos!... ¡Oh, qué horror!... (*Aparte.*) ¡Mira si tenía razón Pepe! ¡El bandido este quiere amargar mi felicidad conyugal! Pues ahora verás. (*Alto.*) ¿Entonces no está en la cárcel por un folleto?

PORRAS.—¡Qué folleto!... ¡Por un diccionario enciclopédico con melena rubia! Por una mujer llamada Tula.

VISITA.—¡Tula!... ¿Y tú la...?, digo, ¿y usted la conoce?...

PORRAS.—De pe a pa.

VISITA.—¿A pa?... ¡Santo Dios!..., ¿y esa mujer?...

PORRAS.—Es una presa. Está en esta misma cárcel.

VISITA.—¡Basta, Porras! ¿Usted me jura que es verdá lo que dice? ¿Por esas llaves?

PORRAS.—Por todo el manojo. Juramentao.

VISITA.—Pues venga usté aquí, porque va a presenciar el escarmiento más cruel que con un marido puede hacer una esposa ultrajada. (*Yendo a la izquierda y sacando a Marculeta.*) ¡Sal, adúltero! (*Le saca de un tirón.*)

PORRAS.—(*Aparte.*) ¡Estaba aquí! Le habrá autorizado Sarmiento.

VISITA.—¿Conque tú engañándome?

MARCULETA.- ¡Visita!...

VISITA.—¡Pegándumela con una presa!... ¡Ven aquí!... (*Le*

sienta de un empujón sobre el petate o una silla.) ¡Abre tus brazos en cruz! (*Marculeta obedece.*)

PORRAS.—(¿Qué le irá a hacer?)

VISITA.—¡Abrázame, Pepe... y no sueltes la presa hasta que nos comamos a besos! (*Besándole con entusiasmo.*) ¡Toma, traidor! (*Beso.*) ¡Toma, canalla! (*Idem.*) ¡Toma, miserable! (*Idem.*) (*A Porras.*) ¿Ve usted cómo lo castigo?

PORRAS.—(¡Mi progenitora! ¡Estoy llevando el *panier*, vulgo cesta!)

MARCULETA.—¡Por Dios, Visita! ¡No me castigues más!... ¡Que es una impostura lo de ese delator!

PORRAS.—Bueno..., yo siento interrumpir estos juegos florales, pero si me permiten de salir...

VISITA.—(*Abrazando a Marculeta.*) ¿Quiere usted irse después que ha separado a un matrimonio?

PORRAS.—¿Separado?... Bueno..., usted no me ha creído, pero con su pan se lo mastiquen.

VISITA.—¡Adiós, Porritas! Nos deja usted como para pedir el divorcio.

PORRAS.—(*Cerrando la puerta.*) Bueno, esta señora sorprende a su marido en brazos de otra y cree que está cazando codornices. (*Mutis por el foro izquierda.*)

ESCENA IX

DICHOS menos PORRAS. Luego GOROSTIZA, MARTINEZ, SARMIENTO, TULA, MIMI, CELIA, ALVARITO, MATURANA y BENIGNO.

MARCULETA.—¡Va bien servido!

VISITA.—Sí, pero nuestra situación, una vez descubierta la fuga, no puede ser más trágica. ¿Qué hacemos, Pepe?

MARCULETA.—No sé, Visita... Mira..., voy a salir con cautela, a ver si puedo hablar a Martínez...; tú no te muevas.

VISITA.—Ve, bien mío. Inquiere, escudriña, husmea.

(*Marculeta abre la puerta con su llave y sale. Se aproxima cautelosamente al foro. En este momento se escucha en el mismo ruido de voces que se acercan.*)

MARCULETA.—¡Caray!... ¿Qué bullanga se aproxima? (*Retrocede temeroso y escucha. Ve acercarse por el foro a Maturana seguido de los demás.*) ¡Calla..., si es Maturana!...

MATURANA.—(*Entrando.*) ¡Pepe!... (*Se abrazan.*)

MARCULETA.—¿Pero qué es esto?...

MATURANA.—Pues nada, que viéndome perdido por una broma cuya trascendencia...

MARCULETA.—Baja la voz, que está ahí mi mujer.

MATURANA.—Pues que me fuí a Madrid, me presenté al ministro, le confesé la verdad, y hombre comprensivo, generoso y bueno, os ha perdonado a todos.

(*Muestras generales de alegría.*)

TULA.—¿Y a ti también te perdonó?

MATURANA.—Casi, casi. Me ha impuesto el mínimo correctivo.

SARMIENTO.—Le ha trasladado de cárcel, y ordena que ésta quede temporalmente cerrada.

MARCULETA.—¿De modo que ahora...?

ALVARITO.—Yo me voy con aquí. (*Cogiendo a Celia del brazo.*)

MARTÍNEZ.—Y yo con aquí (*Idem a Mimí.*)

SARMIENTO.—Y yo con aquí. (*Idem a Tula.*)

MARCULETA.—Entonces ¿yo tendré que irme con aquí?... (*Indicando el calabozo de Visita.*)

GOROSTIZA.—¡Naturalmente, con tu mujer!

MARCULETA.—¡Qué se le va a hacer! ¡Paciencia! (*Abriendo el calabozo de Visita.*) ¡Sal, Visita! (*Ella sale.*) ¡Y ven a mis brazos! ¡El ministro nos perdona! (*Se abrazan.*)

VISITA.—¿Qué me dices?

SARMIENTO.—La verdad, señora. Están ustedes libres...

VISITA.—¡Ah, benefactor ministro!

SARMIENTO.—Y además en la puerta le está esperando a usted el Ayuntamiento...

VISITA.—¿El Ayuntamiento?..., ¡pues no salgo!

MATURANA.—No tema usted, señora. Es para premiar su acto heroico, porque saben que todo lo hizo usted por estar al lado de su marido.

VISITA.—¡Ah, municipalidad comprensiva!

ESCENA X

DICHOS y PORRAS.

PORRAS.—(*Entrando por el foro izquierda.*) Señores...

MARCULETA.—¡Hombre, amigo Porras!...

VISITA.—Señor de Porras...

PORRAS.—¿Pero qué es esto?..., ¿los lobos mano a mano con los corderos?

BENIGNO.—Pues esto es (*Saca un papel.*) que aquí traigo la orden de mi reposición, que se vea. (*Se la da a Sarmiento.*)

SARMIENTO.—En efecto. (*A Porras.*) Está usted destituido.

BENIGNO.—Conque vengan las llaves, la gorra y la estaca. (*Le quita todo a Porras violentamente, como ocurrió a la inversa en el acto anterior.*)

PORRAS.—¿Entonces estoy demás en esta cárcel?

TULA.—No, señor. Los granujas nunca están de más en la cárcel.

SARMIENTO.—Dice bien. Tengo órdenes superiores con respecto a usted, de manera que pase a su nueva habitación. (*Abriendo la celda de la izquierda.*)

PORRAS.—¡Pero yo!...; ¡esto no es legal!

SARMIENTO.—No es legal, pero es simpático.

TODOS.—¡Adentro! ¡Adentro! (*Le encierran a empujones.*)

PORRAS.—(*Sacando la cabeza por el ventanillo.*) ¡Pero este atropello!

BENIGNO.—(*Dando un palo en la puerta para que se retire.*) ¡Como vuelva usté a hablar, le tengo tres días a p[illegible] agua.

(*Porras se retira y se pasea por la celda como u[illegible]era enjaulada.*)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, una DONCELLA y los tres NIÑOS

NIÑOS.—¡Mamá, mamá..., papá, papá!

VISITA.—¡Hijos de mi alma! (*Les abraza.*)

MARCULETA.—¡Hola, galanes!

VISITA.—¿Pero por qué os traen?

DONCELLA.—Es que me han dicho los señores que trajera a los niños a la cárcel, para que se despidan de sus papás, porque por el pueblo se dice que les ahorcan a ustedes.

VISITA.—¡Qué barbaridad!... ¡Así se escribe la historia! En fin, señores... Volvamos a la vida... Adiós a todos.

PORRAS.—(*Sacando la cabeza de nuevo.*) ¡Pero, señores!..., ¿es que esto va en serio?

MARCULETA.—Claro que sí. ¡Ahí te quedas! ¡La alegría se va, triunfante como siempre!

VISITA.—La envidia y la traición se quedan donde merecen: en una mazmorra.

MARCULETA.—¡Calabozo para Porras!

VISITA.—¡Libertad para Marculeta!

MARCULETA.—¡Si se le puede llamar libertad a una esposa y tres grillos! (*Indicando a Visita y los niños.*)

TELON

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las de más prestigiosos autores; las que más expectación hayan despertado, las encontrará usted en

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18.--Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

Se ha puesto a la venta el tomo 1.° de las

OBRAS ESCOGIDAS

de

D. CARLOS ARNICHES

Contiene tres de las obras más representativas y celebradas de este ilustre y popular autor:

LA CHICA DEL GATO, EL SEÑOR ADRIAN EL PRIMO Y LAS ESTRELLAS

Lleva, además, este primer tomo, un prólogo del gran escritor JOSE CARNER, en el que éste estudia, de modo magistral, algunas características del teatro de Arniches.

CUATRO PESETAS

En todas las librerías y en Editorial Estampa, Paseo de San Vicente, n.° 18.—MADRID

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid